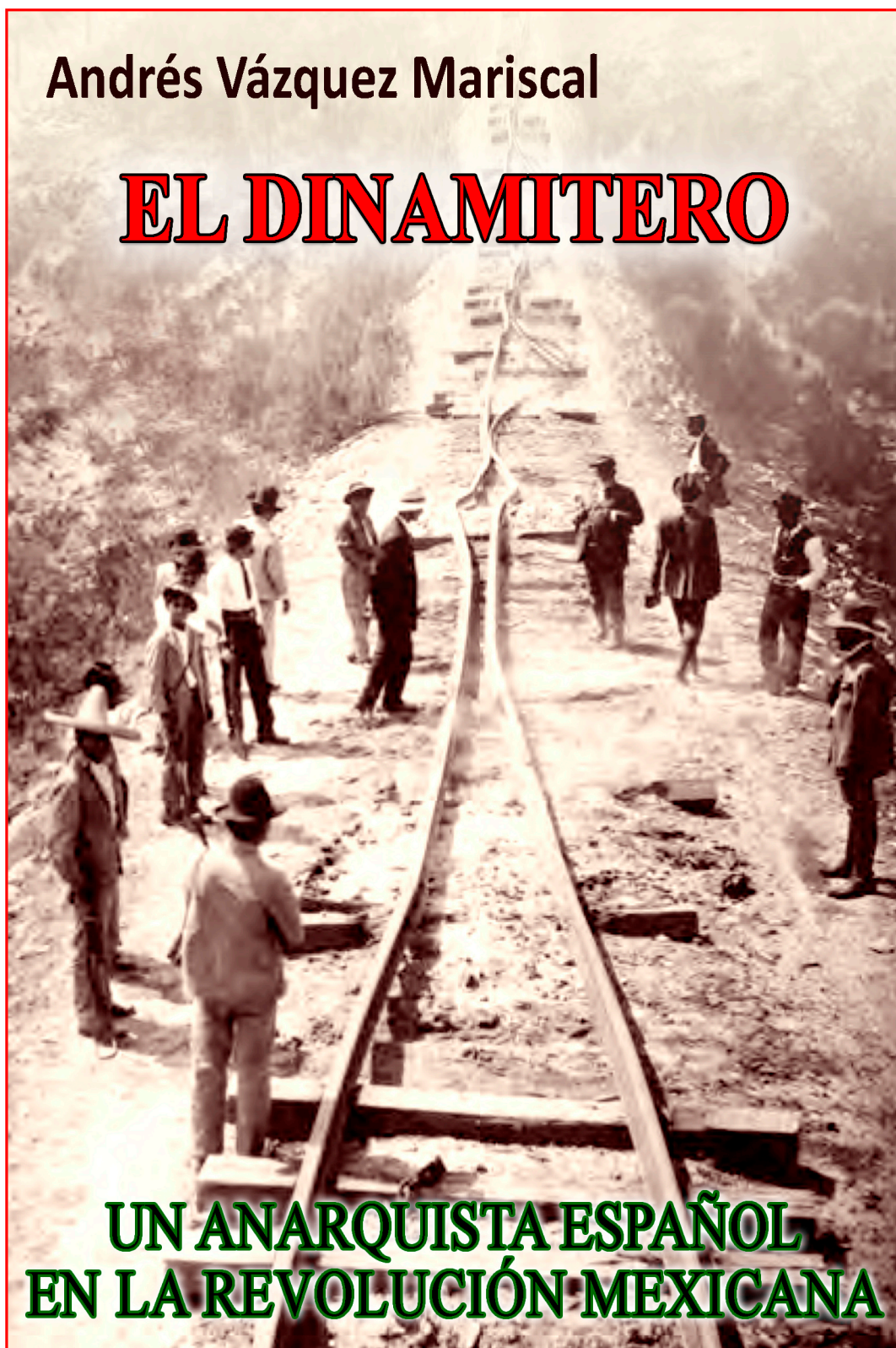


Andrés Vázquez Mariscal

EL DINAMITERO



UN ANARQUISTA ESPAÑOL
EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA

El apoyo incondicional que la Primera Internacional ofreció a los insurgentes encabezados por Ignacio I. Madero, en el inicio de la Revolución Mexicana de 1910, fue motivo para que un anarquista español, que participó activamente en la Semana Trágica de Barcelona (1909), se viera envuelto en el traslado de un alijo de armas con destino a los anarquistas mexicanos. Sus ideales libertarios y su habilidad en el manejo de explosivos, luchando como mercenario junto a las tropas de Pancho Villa, le ganó el apelativo de *El Dinamitero* con el que fue ampliamente conocido entre los partidarios de la Revolución.

Basado en la información recopilada por su nieto, el autor nos conduce a través de un apasionante recorrido por los hechos y personajes que convirtieron la Revolución Mexicana en un mito del siglo XX. Porfirio Díaz, Madero, Huerta, Pancho Villa, Emiliano Zapata y tantos otros, aparecen en esta narración como telón de fondo de las actividades llevadas a cabo por El Dinamitero a lo largo de cinco años, cuyo relato no dudamos atraparé la atención del lector por su amenidad e interés.

Andrés Vázquez Mariscal



EL DINAMITERO

UN ANARQUISTA ESPAÑOL EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA



NOVELA HISTÓRICA

Andrés Vázquez Mariscal

EL DINAMITERO

Un anarquista español en Revolución Mexicana

Primera edición: septiembre de 2016

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nachobiblioteca.html

A mi hija África,
a la que siempre han apasionado estas historias.

A Pepe Ruiz cuyos conocimientos de la Historia de
México me han sido invaluable
a la hora de escribir este libro.

A todos aquellos que sienten en el corazón
el latir de México.

NOTA DEL AUTOR

Este corto relato lo escribí antes de que saliera a la luz mi libro titulado *La Familia*, donde cuento los avatares de la familia Manrique, y debería haberse editado en primer lugar para mantener un cierto orden cronológico, pero debido a diversas circunstancias, pareció adecuado hacerlo de esta manera. He preferido mantenerlo tal como lo escribí en su día.

La teoría según la cual los mitos no son, como parece suponer el sentido usual del término, sino fábulas e invenciones, ya no es válida.

En la mayoría de las sociedades el mito está vivo, de manera continuada o por simple resurgimiento.

Guy Fourquin

Los levantamientos populares en la Edad Media

PRÓLOGO

Conocí a Julio Manrique cuando el destino quiso que compartiéramos asientos contiguos en un vuelo de Madrid a México. Fue allá por 1979. Las largas horas de viaje, y su locuacidad y verborrea, nos permitieron un cierto grado de intimidad durante el trayecto. Él iba a México D.F. por negocios, y por motivos profesionales.

Nacido en Buenos Aires e hijo y nieto de inmigrantes gallegos, dirigía, por lo que entendí en aquella ocasión, un conglomerado de empresas que agrupaba prácticamente a toda la colonia española en Argentina. En particular a la extensa red de tiendas de abarrotes regentadas por gallegos.

El destino nos deparó también la suerte de coincidir alojados en el mismo hotel, el Presidente Chapultepec, lo que nos permitió continuar nuestra incipiente amistad durante el fin de semana. Habíamos viajado en sábado para que el domingo nos sirviera de adaptación del cambio horario. El lunes siguiente yo debía viajar a Veracruz, ciudad que Julio conocía bien, y sus consejos me sirvieron para comenzar con buen tino mis primeros pasos en México. Como experto hombre de negocios, se interesó vivamente por las razones que me llevaban a Veracruz y, al explicarle mis motivos, me ofreció la posibilidad de presentarme a un estrecho colaborador suyo con amplias

relaciones en el Estado de Veracruz, naturalmente si aceptaba compensarle con una comisión en caso de que mis gestiones resultaran exitosas. Así lo hice y durante los cuatro años que estuve residiendo en México, los intereses de la empresa española a la que representaba se vieron favorecidos con algunos contratos de organismos oficiales del país. Ello dio pie a que nos mantuviéramos en contacto cada vez que Julio visitaba la ciudad de México.

Desde entonces, hasta hace un par de años en que desgraciadamente murió, nuestra amistad perduró en el tiempo. Tras mi regreso a España, solíamos vernos cuando él venía a descansar a su casa de Benahavís en la Costa del Sol. Y así, en el verano del 2010, después de cenar a bordo de su yate anclado en Puerto Banús, puso sobre la mesa un legajo de papeles, unos escritos a máquina y otros simplemente manuscritos con innumerables notas, tachaduras y apuntes marginales. La noche se alargó entre copas mientras me contaba lo siguiente:

«Al terminar mis estudios y obtener el título de abogado en Buenos Aires, mi padre, decidió enviarme a México. Eso fue en el 63. Pretendía que hiciera un postgrado en derecho internacional en la Universidad Autónoma de México y que siguiera con un curso complementario de economía. Para ello contaba con la colaboración desinteresada de don Antonio, un español residente en la capital desde su exilio tras la guerra civil en España. Con él, mi padre mantenía unas cordiales y valiosas relaciones comerciales, dado que don Antonio era una persona muy respetada y de gran prestigio dentro de la colonia española en México.

«Don Antonio había enviado a Buenos Aires a Pancho González, su hombre de confianza, para que colaborara con mi padre y coordinara los negocios que ambos habían iniciado unos años antes. Dado que las relaciones parecían que marchaban sin problemas, mi padre consideró, de acuerdo con don Antonio, que Pancho volviera a México para que me sirviera de mentor, guía, ayuda, soporte y, sobre todo, de protección durante mi estancia en la capital mexicana. Pancho era diez años mayor que yo, mexicano de nacimiento, de Veracruz, grande como un armario y cobrizo como buen indio. Su madre, una chichimeca pura, había sido violada –como en los viejos tiempos– en una noche de borrachera por don Francisco González, hacendado, descendiente de españoles en cuarta generación y que, en contra de lo acostumbrado, tan pronto supo que había tenido un hijo, reconoció al niño dándole su nombre. No olvidemos que los chichimecas fueron un pueblo guerrero que prestaban sus servicios como soldados mercenarios a los toltecas, y Pancho había heredado muchas de las cualidades de sus antepasados en este campo. Sin duda, mi padre, después de mi desafortunada experiencia como agitador político en la universidad en Buenos Aires, no creía en mi sensatez para andar solo por el mundo.

«Fue al poco de llegar cuando conocí a don Remigio, al abuelo de Pancho. Y lo que son las casualidades de la vida, don Remigio, ya de ochenta años, nada más verme y conocer mi nombre, me confundió con un viejo amigo de correrías, un español al que llamaba el "Dinamitero". Resultó, como digo, un verdadero azar que el personaje a que se refería don Remigio fuera, ni más ni menos, que mi propio abuelo, quien, al igual que yo, se llamaba Julio Manríquez. De aquí la confusión del

viejo don Remigio. Aclaradas las circunstancias, resultó que ambos habían luchado a favor de la Revolución Mexicana entre 1910 y 1915, donde trabaron una fuerte amistad.

«El relato que de sus aventuras me hizo don Remigio, es el que te traigo aquí. Tú, que presumes de escritor seguramente serás capaz de poner en limpio todas estas notas que tomé en su momento, y que he tenido guardadas hasta hoy. Porque sabrás, que este año se cumple el centenario del inicio de la Revolución Mexicana y creo que las aventuras de mi abuelo y don Remigio merecen ser contadas. Es todo tuyo, así que manos a la obra.

Le prometí hacerlo, pero por diversas circunstancias y porque me encontraba enfrascado en otros proyectos de investigación, la carpeta con la notas de Julio continuaron sin ver la luz. Hasta que dos años más tarde, en noviembre de 2014, cuando tuve noticias de su muerte debida a un cáncer de próstata, recordé mi fallida promesa y me dispuse, como un póstumo homenaje, a pasar a limpio cuanto de la historia de su abuelo había recopilado. Tarea que no me ha resultado fácil. Entre las muchas referencias a nombres, fechas y hechos, existía una gran confusión. Tuve que esmerarme en poner en orden cronológico cuanto Julio había escrito, recopilar y ampliar datos y, sobre todo, confirmar la verosimilitud de cuanto contaba.

Tenga en cuenta el lector, que si algunas de las cosas que contó don Remigio, como por ejemplo, los encuentros con los escritores norteamericanos John Reed (*Diez días que estremecieron al mundo, México Insurgente*, etc.) y Ambrose

Bierce (*Cuentos de civiles y Soldados, La cosa maldita, etc.*) son ciertos, entonces, el relato de la muerte de este último habrá resuelto el gran enigma histórico que pesa sobre la misma. Bierce, que cruzó la frontera de El Paso en 1913 y se alistó en las fuerzas del general Pancho Villa como observador, desapareció en el marasmo de la Revolución sin dejar rastro, algo que ha traído de cabeza a multitud de investigadores que, hasta el día de hoy, se han esforzado inútilmente en averiguar qué fue de él. Pues bien, don Remigio contó a mi amigo Julio las trágicas circunstancias de su muerte, mismas que quedan recogidas en este libro. Sin embargo, no tengo medio de ratificar la certeza de esta historia, salvo por el relato de un viejo que, por su avanzada edad, pudiera haber confundido sus recuerdos. El escritor mexicano Carlos Fuentes escribió una novela sobre los últimos años de Bierce titulada *Gringo viejo*, historia llevada con posterioridad al cine y que fue interpretada por Gregory Peck. Al tratarse de una de las desapariciones más famosas de la historia de la literatura, el escritor H. P. Lovecraft también hizo referencia a ella en su libro *El que acecha en el umbral*. Dice:

Ambrose Bierce desapareció en México, y esto resulta aún más siniestro, pues Bierce había aludido alguna vez a Carcosa y a Hali. Se dijo que murió luchando contra las tropas de Pancho Villa, pero cuando desapareció tenía más de setenta años y estaba prácticamente inválido.

Nunca se ha vuelto a oír nada de Bierce. Esto sucedió en 1913.

Otra parte del relato, significativa por su posible interés histórico, es en la que don Remigio cuenta el fallido intento de matar a Pancho Villa cuando estaba asistiendo, en un teatro de Chihuahua, al acto de homenaje en recuerdo de su difunto amigo Abraham González.



Con todo ello, pongo en manos del lector un relato escueto y sin demasiadas florituras de lo que fueron unos años trágicos en la historia de México. Pasarán por estas páginas los grandes mitos de la Revolución: Madero, Pancho Villa, Zapata, etc., todos ellos asesinados sin poder llevar a cabo sus ideales. Al lector español los hechos le resultarán poco conocidos, pero

los posibles lectores mexicanos estarán de sobra al tanto de ellos.

Mi amigo Julio guardaba con gran cariño una foto que siempre imaginó bien podía ser la del grupo compuesto por su abuelo (de pie a la izquierda), Jacinta, de la que pronto hablaremos, y don Remigio sentado.

El abuelo Julio Manrique, en la primera década del siglo XX, era un anarquista empeñado en cambiar todo lo posible esta injusta sociedad. Tenía experiencia, había luchado en la guerra de Cuba defendiendo la isla contra la invasión yanqui, aunque acabó su vida militar con la rendición de Santiago de Cuba el 16 de julio de 1898. Casado y con cuatro hijos, sus allegados nunca entendieron cómo fue capaz de compaginar su actividad familiar con las actividades propias de su ideario político. Por lo general siempre estaba participando en acciones anarquistas por diversos lugares de España. Decía que jamás los españoles serían libres mientras existiera un rey y gobernaran curas y militares. Su familia nunca tuvo claro de dónde llegaba el dinero a casa, pero jamás faltó para zapatos y un plato de comida en la mesa cada día. Las malas lenguas contaban que, por aquella época, también anduvo atracando bancos.

A principios del verano de 1909, encontramos a Julio Manrique en Barcelona, donde comenzaba a prepararse una revolución anarquista debido al descontento generalizado del pueblo contra el envío de tropas a la reciente guerra de Melilla. El 11 de julio había comenzado el embarque de tropas del batallón de Cazadores de Reus y, entre las familias que se acumulaban en el muelle estalló la tensión alentada por voces que clamaban: ¡Abajo la guerra! ¡Que vayan los ricos! Entre los

agitadores se encontraba Julio Manrique, destacando cuando la multitud se enfrentó a la policía que, tras efectuar disparos al aire, comenzó a realizar detenciones indiscriminadas. El 24 de julio, tras un intento fallido de Solidaridad Catalana de convocar una asamblea para exigir que el Parlamento debatiera las condiciones con las que se llevaba a cabo el reclutamiento de las tropas expedicionarias, y la consiguiente detención de la cúpula del PSOE y UGT, se estableció un paro general de 24 horas para el 26 de julio.

Fue la oportunidad que aprovechó el grupo anarquista al que pertenecía Julio para agitar, lo que en principio, iba a ser un ensayo de huelga general en toda España. El mismo día 26, este grupo de agitadores se puso al frente de una multitud de obreros que, abandonando las fábricas de la periferia, se dirigieron al centro de la ciudad intentando paralizar por la fuerza los tranvías y cerrar los comercios. El gobernador civil, Ángel Ossorio, proclamó el estado de guerra limitándose, en principio, a proteger los principales edificios públicos, pero aquel día murieron varias personas en el asalto a dos comisarías de policía. Cuando más tarde, una manifestación de mujeres y niños fue disuelta, la protesta degeneró en insurrección.

El martes 27, Julio Manrique y sus compañeros comenzaron a asaltar armerías y a levantar barricadas. A continuación, debido al violento anticlericalismo de la plebe, se produjo el despojo y quema de iglesias y conventos. El desorden se hizo dueño de la ciudad; grupos incontrolados de anarcosindicalistas, mayoritarios en Barcelona, provocaron toda clase de disturbios logrando un enfrentamiento generalizado entre las fuerzas de

orden público y el pueblo. La situación se agravó cuando se propagaron rumores del desastre de las tropas españolas en el Barranco del Lobo, próximo a Melilla, en el que perecieron la mayoría de los expedicionarios que habían partido de Barcelona el día 18.



El 28 de julio, continuó la violencia anticlerical y el enfrentamiento con las fuerzas de orden público. Se ultrajaron los cementerios de iglesias y conventos, y se expusieron y vejaron en las calles las momias de las monjas. Por la tarde, las autoridades militares se vieron reforzadas con la llegada de tropas procedentes de Zaragoza y Valencia, y el 29 unos diez mil soldados ocupaban la ciudad de Barcelona. Destacaron en aquellos lamentables días el socialista Francisco Ferrer fusilado en 1909, José Lorite de Almansa, Pere Pujol de Gerona y nuestro Julio Manrique, de Villagarcía de Arosa. Los tres figuraban a la cabeza de las listas de personas a las que la policía tenía orden de detener prioritariamente, pero estos habían abandonado Barcelona horas antes del despliegue de las tropas en la ciudad.

Un buen día, meses después de la Semana Trágica, llegó la Guardia Civil al pueblo en busca de Julio Manrique. Por suerte se encontraba fuera y es posible que alguien le avisara de que no debía volver a casa, cosa que hizo al pie de la letra y nunca jamás regresó. Aquella misma noche, en el puerto de Vigo y sin pensarlo dos veces, se introdujo de polizón en un vapor de la Compañía Montañesa de Navegación que hacía la ruta de Santander a Buenos Aires con escala en dicha ciudad de Vigo. Sobrevivió dos días escondido en un bote salvavidas y fue descubierto por la tripulación cuando de noche intentaba encontrar algo de comer en la cocina. Aquellos tiempos eran duros, y un capitán huraño y mal encarado estuvo a punto de arrojarlo por la borda en medio del Atlántico. Por fortuna, uno de los fogoneros era de Villagarcía de Arosa y abogó por él. Julio contó los motivos que le habían impulsado a huir de España y, apoyado por algunos tripulantes que compartían sus ideas, obtuvo del capitán una especie de status de refugiado político a bordo. Durante el trayecto hasta Buenos Aires tuvo que pagarse el pasaje y la comida trabajando como pinche de cocina y realizando a bordo las tareas más ingratas.

La misma noche en que el barco atracó en el puerto de Buenos Aires, saltó a tierra sin despedirse ni agradecer a nadie el haber llegado sin contratiempos a un país extraño. No se sabe muy bien cómo pudo subsistir los primeros tiempos. No poseía ni un real en el bolsillo, pero lo que sí es cierto es que una noche lluviosa, no teniendo dónde pernoctar, se le ocurrió refugiarse en una iglesia cercana al puerto y se quedó dormido en un rincón, bajo un banco, donde al día siguiente lo encontró el párroco. Sucio y con barba de varios días, debió parecerle un vagabundo de los muchos que en aquellas fechas pululaban

por los muelles y, despotricando como un energúmeno, lo despertó a patadas para echarle de la iglesia. Pero hete aquí que Julio, al que los puntapiés le habían despejado la mente, le gritó al cura algo así como: ¡Padre Arrape!, ¿por qué me pega?

Milagrosamente había reconocido al padre Arrape, y el padre Arrape, como si hubiera sufrido un impacto frontal contra una pared de hormigón, se quedó paralizado y estupefacto al oír su nombre. Quiero decir su verdadero y paterno apellido, porque en su iglesia todo el mundo lo conocía como el padre Antúnez, apellido de su madre.

Llegados aquí, haré un inciso para contar, estimado lector, quién era el Reverendo Padre don Manuel Arrape Antúnez, ecónomo que fue de la Santa Catedral de Santiago de Compostela y degradado a cura párroco de la iglesia del pueblo donde se había criado Julio.

El padre Arrape, a finales del siglo XIX, a la sazón ecónomo de la catedral de Santiago como ya he dicho, había echado mano de los fondos de la iglesia para subvencionar un bonito piso a su barragana de turno. No sólo eso, sino que la señorita en cuestión se llevó a vivir con ella a su madre y después de algún tiempo, al resto de su familia, razón por la que el padre Arrape era incapaz de cubrir los gastos que semejante parentela le suponían. Los fondos de la catedral empezaron a disminuir sin cesar y, naturalmente, llegó el momento en que el desfase en las cuentas resultó imposible de ocultar y el padre Arrape, convicto y confeso, fue destituido y enviado a una humilde parroquia en la que no disponía ni siquiera para comer. Sin embargo, nadie sabe muy bien cómo, el padre Arrape comenzó

a prosperar y se trajo a vivir con él a una bella jovencita, «sobrina» suya, que se cuidaba de limpiar la iglesia, cocinar y atender la vivienda. Pero, no sólo le atendía en las labores dichas, sino que, al parecer, también lo hacía en otros menesteres.

Cierto día corrió por el pueblo la noticia de que la hija del herrero, de sólo diecisiete años, estaba embarazada. Todos sabían que Isabelita, beatona ella, estaba predestinada a entrar en un convento, por lo que nadie dudó de que su embarazo podía ser un milagro del Espíritu Santo. Era inimaginable que la angelical Isabelita hubiera mantenido relaciones con hombre alguno. Así estaban las cosas cuando la «sobrina» del padre Arrape, en un ataque de celos, contó al padre de Isabelita, a la sazón el herrero del pueblo, que desde hacía meses, y con la excusa de confesarse y pedirle consejo espiritual, ésta visitaba todas las tardes al padre Arrape en la sacristía, donde pasaban horas a puerta cerrada. Hábilmente interrogada por su padre a hebillazos con su cinturón de cuero, Isabelita confesó que el padre Arrape, deseoso de mostrarle las cosas de la vida antes de que se enclaustrara, y con el fin de que se hiciera fuerte para resistir las tentaciones del diablo, le había puesto al corriente de las mismas repetidas veces.

El herrero, portando el mazo que usaba en el yunque, se dirigió a la iglesia con el ferviente deseo de que la cabeza del padre Arrape le sirviera de ejercicio matinal antes de encender la forja. Gracias a Dios, el padre Arrape se encontraba visitando el obispado cuando ocurrían estos hechos y, como las malas noticias corren que es una barbaridad, llegó a sus oídos que en el pueblo le esperaban para lincharle en cuanto volviese. Así

que, ni corto ni perezoso, decidió poner tierra por medio ofreciéndose voluntaria y desinteresadamente para ocupar plaza urgente en una lejana iglesia, en un lejano país, donde debían atenderse sin demora las necesidades espirituales de un nutrido grupo de emigrantes gallegos que habitaban la zona. Deseoso de ocultar su paradero –alguno de los muchos emigrantes que formaban su feligresía podía dar noticias suyas– optó por utilizar su segundo apellido como nombre de batalla, así que cuando Julio le llamó padre Arrape, por poco se desmaya.

Cuando estos hechos ocurrieron en el pueblo, Julio era todavía un jovenzuelo y aún no andaba metido en esos berenjenales de poner bombas y de querer capar curas. Por supuesto, el padre Arrape no se acordaba de él, así que se dio a conocer como un buen feligrés de su parroquia en Galicia y se alegró muchísimo de encontrarle. Él nunca había creído ninguna de aquellas historias que contaban sobre el padre Arrape, de verdad, y si ahora se llamaba padre Antúnez, pues mira qué bien, para él fue y seguiría siendo por siempre el padre Antúnez, dechado de virtud, recordado y amado por todos sus feligreses en España. Todo esto se lo dijo con su más tierna expresión y el padre Arrape, qué remedio le quedaba, creyó en él.

Julio, que se percató de la oportunidad que se le presentaba, contó al padre Antúnez que tuvo que salir de España perseguido por sus ideas políticas y que, por desgracia, se encontraba en extrema situación de necesidad, por lo que estaría eternamente agradecido al padre Arrape, perdón al padre Antúnez, si le ayudaba a encontrar cobijo y algún medio

de subsistencia. Ante tan descarado chantaje, el padre Antúnez lo admitió en la casa parroquial y, al cabo de unas semanas, le había conseguido papeles y era el nuevo sacristán.

Unos meses después, Julio alquiló una pieza en un conventillo por la módica cantidad de 40 pesos y dio cobijo a varios paisanos, inmigrantes como él, a los que cobraba 15 pesos por compartir la habitación, más los gastos de carbón para el brasero con el que combatían el frío en las noches de invierno. La promiscuidad en el patio del conventillo, con sus niños correteando semidesnudos, aguas derramadas, ropa tendida, perros, mujeres gritonas y una falta total de higiene, le hicieron enfermar –creo que sufrió una fuerte neumonía, o algo por el estilo–, que lo tuvo al borde de la muerte. En vista de que se quedaba sin sacristán, el padre Antúnez accedió a comprarle un Primus, uno de aquellos viejos calentadores de queroseno tan típicos de la época, con lo que pudo sustituir el brasero de leña y calentar el mate y la comida. Y así malvivió durante algún tiempo hasta que, al parecer, encontró el punto flaco del padre Antúnez; su afición por las jovencitas.

Un año después las cosas funcionaban de maravilla. Julio disponía de un agradable pisito gracias al acuerdo alcanzado con el padre Antúnez para la gestión de los fondos procedentes de los diversos cepillos de la parroquia, diezmos y primicias, bulas, bautizos, bodas, funerales y legados que las muchas almas piadosas donaban para el mantenimiento y mayor gloria de la casa de Dios. Debemos reconocer que la parroquia era una buena fuente de ingresos, ingresos que, por supuesto, no se notificaban al obispado y del que se obtenían, además,

suculentas subvenciones dada la extrema pobreza en que se desenvolvía.

Julio, de acuerdo con la madame de uno de los prostíbulos del puerto, se preocupaba de que al padre Antúnez no le faltaran todos los viernes putas disfrazadas de jovencitas. Y así, poco a poco, el total manejo de los asuntos eclesiásticos pasó a su control absoluto, ya que el padre Antúnez, en plena senectud, era incapaz de actuar por su cuenta. Un buen día, el padre Antúnez falleció después de recibir, por supuesto, los Santos Sacramentos y la bendición de su Santidad el Papa y, a renglón seguido, Julio desapareció misteriosamente con todos los fondos eclesiásticos y algún que otro cáliz y candelabro de plata.

Bien, es obvio que a partir de aquí el lector ya se habrá hecho una idea bastante exacta del origen de la fortuna de Julio, incrementada durante sus correrías por México y por los negocios posteriores del loteo de terrenos, para su parcelación y reventa, en la época de la expansión de la ciudad.

II

Confieso mi admiración por los mitos, y si alguno del siglo XX aún persiste, es el de la Revolución Mexicana, con sus héroes legendarios, con sus sangrientas luchas, con sus ideales quebrantados... Coincido con el gran historiador Guy Fourquin en sus apreciaciones sobre la vigencia del mito, no sólo en épocas pasadas, como expresa al inicio de su brillante obra *Los levantamientos populares en la Edad Media*, sino en la actualidad. El hecho de que en la mayoría de las sociedades el mito siga vivo, de manera continuada, está plenamente corroborado. El abuelo Julio Manrique tuvo la suerte de nacer y vivir en una época convulsa donde los hombres luchaban y morían por defender sus ideales, por unas migajas de libertad, por un trozo de tierra. Él convivió con algunos de esos legendarios mitos sobreviviendo a la experiencia y, por fortuna, el destino llevó a su nieto a conocer al viejo don Remigio cuando aún era tiempo de rescatar de su memoria los hechos ocurridos cincuenta años atrás.

El primer Julio Manrique de la familia, abandonó la Argentina zarpando del puerto de Buenos Aires. Embarcó en el primer buque disponible, sin tener las ideas muy claras de adonde quería arribar. Los motivos de esta precipitada salida, o más bien huida, debemos encontrarlos en el hecho cierto de que la policía le andaba pisando los talones después del desfalco

ocurrido en la parroquia del padre Antúnez. Esta vez no viajaba como polizón, esta vez, con la cartera bien repleta de dinero, se permitió pagar un camarote de lujo. Iba ligero de equipaje, no había tenido tiempo para preparar un abultado baúl como los de aquellos otros señorones que compartían con él la cubierta superior. Sólo llevaba consigo una bolsa de marino con sus pertenencias más personales y un ancho cinturón, donde escondía su fortuna en monedas de oro, del que no se desprendía ni de día ni de noche.

El vapor, mixto de carga y pasaje, transportaba carbón desde Buenos Aires a La Habana, media docena de pasajeros de lujo en camarotes de cubierta y medio centenar en literas de tercera clase. Tuvo mucha suerte, la ruta era directa, sin las escalas habituales en Río y Maracaibo. En La Habana descargarían el carbón, embarcarían nuevos pasajeros y las bodegas se llenarían de mercancías con destino a Veracruz.

Julio, durante la travesía compartía la mesa del capitán junto con varios hombres de negocios; terratenientes españoles que visitaban sus propiedades en Cuba o se dedican a la importación de azúcar y tabaco. Todos presumían de sus caudales y riquezas y Julio contó, para no ser menos, que se dirigía a Veracruz para unos negocios importantes. Había elegido Veracruz como el lugar más alejado a donde poder llegar, pero lo cierto es, que no sabía qué hacer a partir del momento en que el buque arribara a La Habana. Podía vivir bastante tiempo con el dinero que llevaba, lo suficiente para que antes de que se acabara se hubiesen olvidado del padre Antúnez y pudiera volver a Buenos Aires. Sin embargo, era un hombre inquieto, durante las comidas se comentaban los

rumores que corrían de un golpe militar o una revolución contra Porfirio Díaz, por aquellas fechas Presidente de México, y aunque la opinión general era que nadie en el país sería capaz de levantarse contra Díaz, tampoco nadie echaba en saco roto las advertencias. México, en aquellos momentos no era un lugar seguro para negocios, le aconsejaron todos. Él escuchaba y callaba, si las cosas en México no iban bien volvería a La Habana.

Resistía bien el mareo, en realidad la travesía discurrió sobre un mar tranquilo, las tormentas quedaban lejos de su ruta y disfrutaba del tiempo paseando por cubierta, interesándose por los avatares del país donde intentaba establecerse y jugando interminables partidas de póquer durante las largas y aburridas jornadas. El póquer era un juego que acababa de aprender y del que, al poco tiempo, parecía un jugador profesional. Es solo cuestión de farolear, decía, si logras convencer al contrario de que tu jugada es mejor que la suya ganas, tengas o no tengas cartas, como en el mus, un juego típico del norte de España en el que era un experto. Una noche ganó una importante suma gracias a unas dobles parejas de ases y ochos y alguien comentó que era la «mano del muerto».

Julio, sumamente supersticioso con la muerte, creyó que era de mal augurio, que intentaban echarle mal de ojo, y provocó una violenta discusión con el individuo en cuestión que casi acaba en las manos. Sus compañeros tuvieron que calmarlo y explicarle que el póquer era uno de los juegos más populares al oeste del Mississippi, al norte del río Bravo, a la derecha del Pecos, donde se contaba la historia de esta jugada conocida como «la mano del muerto». Wild Bill Hickock, uno de los más

conocidos pistoleros del viejo Oeste, compañero y amigo de Buffalo Bill y de Calamity Jane, vivía en los salones entre güisquis y cartas. Una noche de 1876 se encontraba jugando al póquer en un saloon de Deadwood Gulch, y un tipo, conocido como Frank Crooked Nose McCall, se escurrió detrás de él y le disparó por la espalda en la nuca. Wild Bill cayó desmadejado al suelo sin soltar las cartas que atenazaba entre sus dedos: una doble pareja de ases y ochos.

Aquella anécdota y las aprensiones de Julio se convirtieron en motivo de chanza y fueron contadas una y otra vez a bordo durante días, relajando así el tedio de la travesía. Julio aceptó la explicación, pidió disculpas y durante el resto de su vida estuvo explicando a todo el mundo que se le ponía a tiro la historia de «la mano del muerto». Hasta don Remigio la conocía y le contó a su nieto que, a veces, durante sus largas noches en los desiertos del norte de México, cuando querían gastarle alguna broma, preparaban la baraja de manera que al repartir las cartas le tocasen los dos ases y los dos ochos de la historia, lo que automáticamente era motivo de risas descontroladas por parte de todos sus compañeros.

El destino, que nunca está en nuestras manos evitar y que siempre nos depara alguna que otra sorpresa en nuestras vidas, fue una vez más artífice de lo que sería el porvenir de Julio Manrique durante los siguientes cinco años. El buque había arribado a La Habana antes de tiempo, debido a la bonanza de la travesía, y la descarga del carbón y la carga de las mercancías a transportar a Veracruz se realizaron con la mayor diligencia. Julio no quiso arriesgarse bajando a tierra, todavía se encontraba inseguro y prefirió seguir a bordo

alegando una ligera indisposición. Ello le llevó a intimar con la tripulación y en particular con el contraamaestre, del que supo, una noche en la que agotaron varias botellas de ron, que aquellas cajas que estaban embarcando contenían armas, fusiles y cartuchos para los revolucionarios mexicanos y que subiría a bordo, el último día antes de zarpar, el español que había contratado el flete. No hizo falta ningún otro motivo para que su espíritu aventurero, y su intuición para los negocios, prendieran en su ánimo. Así, desde aquel momento, estuvo pendiente de todo cuanto ocurría alrededor de cargamento tan especial.

Zarparon de noche y no pudo ver al español que debía subir a bordo según el contraamaestre, el resto de los nuevos pasajeros lo habían hecho aquella misma tarde y ya se encontraban instalados en sus camarotes. Durante los dos siguientes días se desesperó en su intento de averiguar quién era el que se escondía en el camarote junto al suyo. El misterioso personaje, responsable del cargamento de armas, no salía ni se relacionaba con nadie, comía en el camarote y resultaba imposible contactar con él. Según el camarero que le servía, era el típico español, más o menos de su misma edad, hablaba poco y siempre, al final del día, le daba una propina. Decidió mandarle una nota, firmada con su nombre, ofreciéndose en lo que pudiera necesitar ya que ambos eran paisanos. La nota dio resultado porque al rato alguien tocaba a la puerta de su camarote y cuando Julio abrió se encontró con la sorpresa de su vida.

Bueno, la segunda sorpresa de su vida, porque la primera fue cuando se tropezó en Buenos Aires con el cura de su pueblo.

Pere Pujol, catalán, anarquista y compañero de fatigas en los días de la Semana Trágica de Barcelona, era quien apareció de repente al otro lado de la puerta.

Se abrazaron, se preguntaron a la vez qué estaban haciendo a bordo de aquel barco, que yo creía que te habían matado, que al ver tu nombre escrito en la nota me dio un vuelco el corazón, que a mí lo mismo al verte aparecer, que menudo susto me has dado, que no sabían cuánto se alegraban mutuamente de verse el uno al otro, que esto tenemos que celebrarlo, que qué vas a hacer en Veracruz, que es una historia muy larga y que ya te contaré, que tenemos tiempo para todo. Y así, juntos, pidieron unos vasos y unas botellas y pasaron el resto de la noche, hasta casi el amanecer, hablando de sus cosas, de los viejos tiempos y de los viejos conocidos. A fulanito lo mataron, aquel otro ¿qué fue de su vida?, ese está en la cárcel, pues yo pude escapar a tiempo le contó Julio, vengo de Buenos Aires e intento cambiar de aires. Rieron el chiste, tomaron copas y se emborracharon como buenos y viejos camaradas.

La historia que le contó Pere Pujol era muy simple. Los tiempos no eran buenos para el anarquismo español, después de los hechos de la Semana Trágica, se había desatado la represión contra todo lo que olierá a anarquista. En 1910, la Confederación de Trabajadores, numerosas veces aniquilada, se articuló a nivel nacional con el nombre de Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y comenzó a exportar su ideología de la mano de la Primera Internacional. Pere Pujol, miembro ahora de la CNT, había recibido instrucciones concretas de hacer llegar un alijo de armas a los grupos revolucionarios que

operaban en Veracruz. Había esperado en La Habana hasta recibir luz verde. Francisco Madero, el líder anti-reeleccionista, acababa de lanzar desde Estados Unidos el Plan de San Luis llamando a la insurrección para el 20 de noviembre de aquel mismo año, y las armas debían estar en poder de los compañeros de Veracruz antes de esa fecha.

Pujol también le contó que Francisco Madero, un hombre rico y nieto de un gobernador de Coahuila, estaba gastando toda su fortuna en propaganda anarquista y socialista en los grandes centros industriales de México. Pretendía convencer a Estados Unidos de que la agitación era producto de un movimiento político generalizado. Para ello contaba con los esfuerzos combinados de los trabajadores mexicanos, de un puñado de exiliados de la poderosa unión anarcosindicalista española, y de la propagación de las ideas anarquistas a través de las páginas del periódico *Acción Directa*.

A su llegada a Veracruz, Pujol debía entrar en contacto con la incipiente organización sindicalista, la Casa del Obrero Mundial (COM), que lideraban dos compañeros españoles, Juan Francisco Moncaleano (anarquista y jefe del sindicato de canteros) y Eloy Amienta (sastre y socialista). Parte de las armas serían conducidas al norte de México para abastecer a las tropas anarquistas que se formasen tras la esperada entrada de Madero en el país procedente de Estados Unidos. Pujol era el responsable final de esta entrega y le gustaría contar con la ayuda de su viejo amigo. Pujol quería ayudar a los proletarios mexicanos a sacudirse la tiranía de Porfirio Díaz y, ante tan noble y loable ideal, Julio no dudó ni un momento en abrazar de pleno corazón la nueva cruzada. Cruzada

emprendida por unos hombres que, desde el primer día, hicieron suya la convicción de Bakunin, quien aseguraba que era entre los trabajadores donde debían sembrarse las ideas libertarias. Hombres convencidos de que la fuerza del proletariado organizado era la única que podría destruir la sociedad capitalista e instaurar una sociedad sin clases. Julio revivió en un ardor momentáneo, tras el encuentro con Pujol, sus ideales adormecidos, la boca se le llenaba de palabras altisonantes y se encontraba ebrio de libertad. Estaba exultante, se sentía capaz de destruir el mundo y volverlo a edificar de nuevo sobre la base del mutualismo de Proudhon, el colectivismo de Bakunin, el comunismo anárquico de Kropotkin, el individualismo de Godwin y Stirner o el socialismo libertario de Owen. Para mí, que resultaba demasiado optimista.

En aquellos días, después del arribo a Veracruz, el rastro de Julio se hace confuso, no quedan huellas de sus primeros pasos, sólo se sabe que contactaron con la gente que esperaba ansiosa a Pujol y, según contó don Remigio, la primera vez que le vio fue cuando le eligieron para acompañarles en la expedición. Todo lo relatado anteriormente lo supo don Remigio de boca del propio Julio tiempo más tarde.

Dijo don Remigio que unas semanas después, un grupo compuesto por seis hombres; Julio, Pere Pujol, otro español cuyo nombre no ha pasado a la historia, dos mexicanos más, ambos bragados en la pelea, él mismo, joven, casado y con una hija, embarcaron en Veracruz hasta algún lugar al norte, en Laguna Madre, cerca de Matamoros. Allí descargaron varias cajas, compraron un carro, una reata de mulas y partieron de

nuevo a lo largo de la frontera americana. Bordearon el río Bravo ejerciendo de chamarileros, es decir, de esa gente que se dedicaba a comerciar por los pueblos transportando las más variadas mercancías de un lugar a otro. Si no fuera porque ya los conocemos, se podía decir que así era y que lo que transportaban era sólo cacharrería, telas, jabón, macuche para fumar y pulque para tomar, pero sabemos que también llevan rifles, pistolas, munición, dinamita y elementos para la fabricación de bombas, propaganda e instrucciones concretas para los compañeros libertarios que les esperaban.

Tenían que llegar a Ciudad Juárez, en la frontera con El Paso, antes del 15 de diciembre. Allí les esperaba Práxedes Guerrero mientras preparaba su incorporación a la lucha contra Porfirio Díaz. Práxedes, de extracción anarquista, era miembro de la Junta Organizadora del Partido Liberal y se pagaban 10.000 dólares de recompensa por su cabeza, debido a las actividades sindicalistas que mantenía a través de la organización llamada Obreros Libres. José Práxedes Gilberto Guerrero Hurtado, hijo de una familia de hacendados, había nacido en Guanajuato en 1882 y, con veinte años alcanzó el grado de subteniente de caballería en la Segunda Reserva del ejército. En 1908 tomó parte en las incursiones de los guerrilleros libertarios del Partido Liberal Mexicano en los poblados de Vacas y Palomas, cuyo fin era iniciar una revolución social que se propagara por toda la República Mexicana. En setiembre de 1910, poco antes de la llegada de nuestros amigos, se encontraba organizando un grupo armado en El Paso, Texas, razón por la que esperaba ansioso las armas que estos portaban.

Según contó don Remigio, tardaron un mes en llegar tras una penosa marcha de casi 1.500 kilómetros cruzando desfiladeros infranqueables y desiertos interminables, marcha durante la que Julio tuvo disentería y adelgazó hasta quedar en los purititos huesos, como decían sus compañeros mexicanos. Lo cierto es que eran amigos más que compañeros y por las noches, ante la hoguera donde preparaban su frugal comida, Pujol contaba a los admirados mexicanos que Julio y él lucharon juntos en Cuba, y que salieron con bien de todas las acciones anarquistas en las que participaron en España.

Durante el viaje tuvieron que ocultarse transitando por caminos alejados de las zonas habitadas. La frontera estaba fuertemente patrullada por las fuerzas federales desde que Madero lanzó su plan de insurrección y si eran detenidos y registrados serían fusilados sin contemplaciones. En el trayecto, cerca de Ojinaga cuando intentaban atravesar el río Conchos, perdieron dos mulas y parte de la carga en el asalto de unos bandidos, asalto del que se defendieron bien por estar mejor armados y del que sólo resultó un muerto, el español desconocido, que quedó enterrado en medio de la nada. Don Remigio conocía la zona y sabía cómo vadear todos los inconvenientes que iban surgiendo. Sabía cómo conseguir comida, que a veces compraban y otras robaban a punta de pistola, sabía dónde encontrar agua y dónde pernoctar, sabía en qué pueblos podían encontrar ayuda y dónde sustituir las mulas exhaustas. Gracias a él, la expedición, sana y salva, hasta donde podemos confirmar, llegó a Ciudad Juárez a mediados de diciembre de 1910.

Para entonces Madero, cumpliendo lo prometido, había atravesado el río Bravo hasta el rancho El Indio, donde intentaba organizar su Estado Mayor. Villa, junto con Máximo Castillo, Santos Estrada y otros, tras un amago de ataque sobre Ciudad Guerrero, habían sufrido su primera derrota ante las puertas de Chihuahua el 27 de noviembre, aunque Villa estaba dando ya pruebas de su temerario arrojo. Para el 15 de diciembre, fecha en la que nuestros amigos llegaron a Ciudad Juárez, los revolucionarios se habían adueñado del ramal de ferrocarril que va de Chihuahua a Miñaca, de Ciudad Guerrero y de todas las poblaciones próximas a las vías. Por esas fechas se combatía duramente entre los revolucionarios que defendían el cañón de Mal Paso, y las tropas federales, al mando del coronel Trucy Aubert, que trataban de conquistarlo. Todas estas noticias eran oídas con interés por los recién llegados que procuraban pasar inadvertidos, su misión era esconder las armas e intentar ponerse en contacto con Práxedes Guerrero en El Paso.

Pujol, que era un intelectual, un teórico del anarquismo y habla inglés, lideraba el grupo y era quien conocía la forma de contactar con Práxedes. Para ello, debía cruzar la frontera, alojarse en el hotel Sheldon y frecuentar el Tug Wilson Stag Saloon, donde se había establecido una oficina de reclutamiento para americanos dispuestos a luchar al lado de los rebeldes mexicanos. Los demás esperarían en una cabaña abandonada en las afueras de Ciudad Juárez hasta su vuelta, sólo debían custodiar el cargamento y no meterse en líos.

Pujol volvió eufórico, Práxedes Guerrero era un verdadero líder, tenía perfectamente planeada la revolución libertaria,

avanzaría sobre Chihuahua y los campesinos de todos los pueblos por donde pasasen se alzarían contra la tiranía apoyándole. Durante meses, los compañeros anarquistas de la región habían estado adoctrinando a los campesinos para que abrazaran su causa como la única capaz de satisfacer sus intereses, y todos le esperaban como al Mesías. Práxedes no proponía ningún candidato a la presidencia de la República, ni abogaba por la implantación de un nuevo tipo de gobierno. Práxedes se limita a exhortar a la gente a una lucha que tuviera por finalidad la emancipación económica de la clase trabajadora, la expropiación de la tierra de manos de los latifundistas y su uso en común, al tiempo que la colectivización de las fábricas, la maquinaria industrial, las minas, los medios de transporte y toda la riqueza social. También se oponía a permitir la entronización de un nuevo gobierno, condición indispensable para garantizar un sistema auténticamente libertario.

Así, cuatro días después, el 19 de diciembre, Práxedes Guerrero llegó de noche con un grupo de 22 rebeldes. Había sido fácil cruzar, los americanos aún no habían decretado el cierre de los pasos fronterizos, lo harían sólo unas semanas más tarde. El Presidente Taft apoyaba a Porfirio Díaz y no quería que se enviara ayuda a los rebeldes a través de la frontera.

Esperaban encontrarse a las puertas de Chihuahua con un ejército de mil hombres, superior al de Pancho Villa, que no era más que un maldito salteador de caminos sin ideales y que ni siquiera se llamaba así (su nombre verdadero era Doroteo Arango, su nombre de batalla, Pancho Villa, era el de un amigo

al que mataron los rurales). El 29 llegaron a Janos, Chihuahua, con unos pocos hombres que habían reclutado en Ascensión y San Pedro, y en la noche comenzó el primer combate. Después de dos horas de lucha, el grupo revolucionario salió victorioso haciendo prisioneros al presidente municipal y al teniente de rurales. Poco después llegaron refuerzos para las tropas federales procedentes de Casas Grandes y se inició un nuevo combate que acabó con una nueva victoria del grupo revolucionario, pero Práxedes perdió la vida y con él Pere Pujol. Contó don Remigio que una bala perdida atravesó un ojo de Práxedes cuando se encontraba oteando al enemigo desde una azotea, y que Pujol murió en un asalto a la bayoneta. Julio salió indemne, con un simple arañazo en una pierna, y durante la pelea se mantuvo firme junto a su amigo Pujol por el que no pudo hacer gran cosa, salvo rematar a quién le hirió de muerte.

Era el 30 de diciembre de 1910. Julio, junto con don Remigio y sus dos compañeros mexicanos supervivientes, en un rápido conciliábulo, optaron por largarse aprovechando el desconcierto provocado por ambas muertes y la falta de liderazgo entre las escasas fuerzas anarquistas. Entonces fue cuando Julio soltó aquella famosa frase que don Remigio recordaba tan bien: «Ninguna revolución, por muy hermosos que hayan sido sus ideales, ha triunfado jamás sin la mano firme de un líder que la condujera a la victoria». Por tanto, el motivo para huir estaba claro, ante la posibilidad de perder la vida por una utopía y sin ningún beneficio inmediato, prefirieron poner tierra por medio. Y dicho y hecho, recuperaron sus mulas, consiguieron caballos de refresco, armas y munición, y regresaron, pies en polvorosa, por el mismo camino por donde habían llegado.

Don Remigio recordaba que transcurrió casi un mes hasta que llegaron a Ojinaga. Habían seguido de nuevo la ruta del río Bravo, vivaqueando lejos de las zonas en conflicto. Don Remigio era un convencido de la lucha contra los grandes terratenientes y defendía que las tierras se repartieran entre los indígenas. Durante todo ese tiempo estuvo intentado convencer a Julio de que no podían volver a Veracruz como unos cobardes. Decía que si la revolución anarquista había fallado eso no implicaba que ellos no pudieran aportar algo a la lucha que había emprendido Madero. El plan de San Luis prometía el reparto de las tierras, y tú, le dijo a Julio, que eres un especialista en explosivos, puede ser de gran ayuda a la causa. Y Julio, que en el fondo seguía manteniendo sus ideales y de momento no tenía a donde ir, se dejó convencer por don Remigio y decidieron salir al encuentro de las tropas de Villa que no debían andar lejos.

Y comenzó una larga andadura detrás de un ejército fantasma al que no conseguían encontrar. Marcharon hasta Coyame y de allí a Aldama, al norte de Chihuahua, pero nadie podía dar fe de dónde se encontraban las tropas de Villa. Alguien les contó que, el 14 de febrero, Madero había regresado de Estados Unidos y estaba organizando su ejército en el campamento Zaragoza, donde se le estaban uniendo la mayoría de los contingentes alzados en armas, y que pretendía lanzarse sobre Chihuahua. Previendo que quizás Villa fuera al encuentro de Madero, retrocedieron de nuevo para intentar encontrarse con éste, pero cuando llegaron, Villa ya había partido hacia Guadalupe. El camino fue largo y duro en persecución de un incipiente ejército al que no lograron dar alcance hasta el 29 de marzo, fecha de fácil recuerdo por

coincidir con el día en que, por fin, Pancho Villa se presentó ante Madero, para unírsele, con una fuerza de 600 hombres.

Julio trataba de pasar inadvertido y don Remigio tomó el mando del grupo. Resultaba más adecuado que fuera un mexicano quien tratara con otros mexicanos desbordados por la euforia y la pasión revolucionaria, además, la gran cantidad de extranjeros que se habían unido a Madero hacía sospechoso de espía a cualquiera que merodeara preguntando más de la cuenta, sobre todo si era español. Los españoles seguían estando identificados con la oligarquía y los grandes terratenientes, o lo que era lo mismo, con el gobierno federal que tantas prebendas les había otorgado a lo largo de los últimos treinta años.

Pretendían tener acceso a algunos de los capitanes de Villa. Sabían que andaba por allí el teniente Pablo Seáñez, el mismo que será teniente coronel años más tarde, y del que don Remigio decía conocer a un compadre suyo, y que esto era suficiente para que fueran bien recibidos. Se decidió, por tanto, que esperarían la mejor oportunidad para contactarle y ésta llegó cuando, por fin, lo encontraron acampado alrededor de una fogata riendo con sus hombres. Era joven y amable, no más de 22 o 23 años, y don Remigio le habló de su compadre, le dijo que venían de Veracruz, que habían luchado junto a Práxedes Guerrero, que eran cuatro hombres dispuestos a continuar en la pelea contra los usurpadores, que tenían caballos y sus propias armas, un revólver y un máuser cada uno, que entre ellos había un español que sabía mucho de bombas y dinamita y que allí estaban para lo que gustara mandar al señor teniente. Y el señor teniente dijo que eran

bienvenidos, que siempre se necesitaban hombres bragados, sobre todo si estaban armados, porque eso sí, armas y munición no sobraban. Echaron juntos unos tragos de tequila, se abrazaron y acordaron que se incorporarían al regimiento a la mañana siguiente, estarían directamente bajo sus órdenes. El español, dijo Seáñez, que se presente nada más llegar, que quizás tenga un trabajito para él, que este gachupín tiene que demostrarme que tiene cojones antes de poder confiar en él. Don Remigio, mientras se alejaba, juraba que era de ley, como un hermano, que lo había visto pelear y que no había quién le igualara en puntería con el máuser. Se lo iba contando a todo aquél que quisiera oírle.

Así que ya tenemos a nuestros cuatro héroes en la brecha. Acamparon en Bustillos hasta el 8 de abril y durante varios días no hicieron nada, sólo intimar con las gentes del teniente Seáñez, que parecía ignorar a Julio a pesar de sus primeras intenciones. Intempestivamente Madero ordenó partir hacia el norte, nadie conocía sus planes, quería aprovechar las ventajas del ferrocarril del noroeste y junto con su estado mayor subieron a un tren; otros transportaban el resto de la tropa con sus pertrechos. Se había corrido la voz de que iban contra Chihuahua y que los federales habían concentrado en esa ciudad a tres mil hombres, pero no era así, era un engaño. Madero se dirigía hacia Ciudad Juárez, a la que consideraba estratégica por su proximidad a El Paso, y donde no había más de quinientos soldados de guarnición. Ahora bien, el plan incluía, por una parte, que Villa marchara con sus tropas al encuentro del coronel Valdés, que se dirigía hacia Chihuahua custodiando a un grupo importante de revolucionarios capturados durante un ataque fallido contra Casas Grandes.

Tenía que esperarlo en el Cañón de Santa Clara y rescatar a los prisioneros y, por otra parte, debía cortar el tráfico de trenes tras ellos, en la línea del noroeste, para evitar la llegada de refuerzos de las tropas federales. Y es en esta segunda parte donde entraron en juego los planes que el teniente Seáñez tenía previstos para el equipo compuesto por Julio, don Remigio y sus otros dos compañeros. Ellos serían los encargados de salir de noche, con mulas y dinamita, a volar las vías en dos o tres tramos a unos 50 kilómetros de distancia de donde se encontraban. Seáñez marcharía con el resto de los hombres junto a Villa y éste había ordenado expresamente que no debían fallar o a su vuelta serían fusilados de inmediato.

Formaban parte del escuadrón de demolición que comandaba el capitán gringo Oscar Creighton, alias Dynamite King, un mercenario que dirigía a unos 40 extranjeros expertos en el manejo de explosivos, pero ellos actuarían solos, como un grupo independiente infiltrado detrás de las líneas de los federales. Utilizarían la cobertura que le daban sus mulas y sus cachivaches de chamarileros entre los que escondían cajas de dinamita, manojos de fulminantes, mechas y fósforos. Contaban con provisiones y dinero en oro para una autonomía prolongada sin dependencia del resto del grupo de Creighton.

Durante el mes de abril complementaron la actividad de Dynamite King en el tramo de ferrocarril entre Ciudad Juárez y Chihuahua compitiendo con los hombres de éste, O. Tumer y John Madison, en ver quiénes volaban más tramos de vías, o dinamitaban más puentes, hasta que Dynamite King murió luchando en la batalla de la estación de Bauche. La misión fue

un éxito en lo que respecta a la voladura de las vías, pero no para Villa, que fue rechazado y no pudo cumplir con su parte.

Contaba don Remigio que a su regreso, por primera vez se encontraron cara a cara con Pancho Villa, que reconoció ante todos que con su acción habían salvado el prestigio del regimiento y bromeaba con el gachupín. Confirmando que conocía cuanto ocurría entre sus gentes, se interesó por su familia, sus aventuras antes de llegar a México y si mató a muchos gringos en la guerra de Cuba. Julio le contó que peleó en Aguadores, la Loma de San Juan y El Caney, que era casi un niño y que fue bien duro. Villa gritó para que todos le oyeran que aquí tenemos un español bragao, que era el único de todos ellos que sabía lo que era matar a un gringo y que él, algún día para no ser menos, también se echaría a un buen montón de pinches gringos. Julio se había ganado la admiración y el respeto de Villa, y rápidamente corrió entre su gente la noticia de que había llegado un español dinamitero, un valiente que había matado a cientos de gringos, que sabía cómo volar un tren y que lucharía junto a ellos por el triunfo de la revolución. A partir de ese día todos le conocerán por el sobrenombre de Dinamitero.

Villa estaba satisfecho y decidió encargar a nuestros cuatro amigos la tarea futura de asegurar que no llegaran refuerzos a los federales vía ferrocarril. Debían cortar y sabotear las líneas telegráficas, enseñar a algunos hombres cómo preparar bombas rellenando de pólvora unos recipientes de hierro corrugado y de cómo utilizar las mechas en los cartuchos de dinamita. En esto último Julio se mostró realmente hábil, tenía una especial intuición a la hora de enseñar a peones

analfabetos el arte de las demoliciones y voladuras de una forma rápida y fácil, por lo que su fama fue en aumento a pesar de que más de uno murió en el intento.

Su misión, como digo, fue seguir cubriendo la retaguardia del ejército de Madero que, el 19 de abril, hizo acto de presencia frente a Ciudad Juárez. Entre unas cosas y otras, desavenencias entre los diferentes jefes, comienzo de negociaciones de paz, posibles repercusiones internacionales que la toma de la ciudad podían acarrear y dudas de Madero sobre la conveniencia del asalto, el tiempo pasaba sin que sucediera nada. Por fin, el 8 de mayo, fuerzas revolucionarias compuestas por hombres de Orozco, Villa y Garibaldi –sí, el mismísimo Giuseppe Pipino Garibaldi, nieto del luchador por la unidad italiana– atacaron la primera línea de trincheras de los federales. A lo largo de un par de días hubo escaramuzas continuadas con instrucciones concretas de Madero de que la lucha debía realizarse a lo largo del río Bravo, es decir de este a oeste, con el fin de evitar en lo posible que las balas cruzaran a territorio norteamericano. Trabada la batalla el resultado fue inevitable y el día 10, después de 72 horas de lucha, el general Navarro se rindió y Madero organizó un gobierno provisional con el encargo de negociar un armisticio. Esto hizo que nuestros infiltrados no tuvieran oportunidad de iniciar su labor de sabotaje. Recibieron órdenes perentorias de personarse en Ciudad Juárez, ya que ahora las líneas de ferrocarril debían estar disponibles por si fuera necesario el desplazamiento de tropas hacia la capital. Se pretendía presionar a Porfirio Díaz para que renunciara y aceptara convocar elecciones libres a la presidencia de la República. Julio estaba desilusionado, casi no

había tenido tiempo de entrar en la lucha; tan pronto como empezó la revolución se acabó.

En algo más de seis meses Porfirio Díaz renunció, había un presidente interino, Francisco León de la Barra, y se prepararon elecciones. Tan pronto Madero ganó las mismas mostró su confianza en el antiguo ejército federal dejándolo intacto, los otrora enemigos ahora eran recompensados con ascensos y un incremento en sus haberes del 20%. Villa fue nombrado Capitán del Ejército y General honorario de los nuevos rurales, se licenciaron sus hombres e iniciaron el regreso a casa.

Nuestros amigos, que mientras tanto habían permanecido en el norte, no sabían qué hacer, pensaban que Villa estaba traicionando a la revolución; en el fondo seguían siendo unos idealistas y no entendían qué estaba pasando. Madero no cumplió sus promesas de repartir las tierras, la mayoría de los jefes revolucionarios estaban contentos con sus actuales prebendas, y todo parecía volver a estar donde estaba antes del 20 de noviembre de 1910.

Transcurrió algo más de un año, recordaba don Remigio, y se encontraban cansados. Durante meses estuvieron malviviendo en zonas desbastadas por los saqueos de uno y otro bando, sin comida que poder comprar y a la espera de acontecimientos. Seguían manteniendo contactos esporádicos con la sede de la Casa del Obrero Mundial en Veracruz desde donde recibieron instrucciones de mantenerse en la zona, disponibles para actuar según los intereses de la Primera Internacional.

Don Remigio, el más idealista de todos, convenció a Julio de dejar a Villa y seguir en la lucha, pero esta vez junto con los hombres de Zapata, único y verdadero líder agrarista y defensor de los oprimidos campesinos; además, actuarían en Morelos, más cerca de Veracruz. Sin duda echaba de menos a su mujer y a su hija, algo que a Julio no parecía afectar, su familia en España parecía de haber muerto para él.

III

Cierto día partieron hacia el sur con sus mulas, camino de Torreón, Aguas Calientes, Querétaro y el D.F. Al poco tiempo de su llegada a la capital de la República, iniciaron los contactos con la Casa del Obrero Mundial. Colaboraron en la organización de la sede en la ciudad de México y participaron en el movimiento que pretendía dar a conocer su programa: la reafirmación de la lucha de clases y la agrupación del proletariado en asociaciones profesionales que se convertirán con el tiempo en federaciones, más tarde en confederaciones nacionales y, por último, en un frente mundial que aniquilaría al régimen capitalista. Para conseguirlo, nada mejor que la lucha industrial, la huelga general, el sabotaje y el boicot. A través de sus órganos de prensa como Luz y Ariete impartían instrucciones ideológicas a obreros y sindicatos, impregnando de anarquismo a todas las sociedades obreras.

El hecho de que Julio comulgara con estos utópicos ideales, fue motivo de las primeras discrepancias con don Remigio y sus otros dos compañeros mexicanos, por cierto, no recuerdo si he mencionado sus nombres con anterioridad, se llamaban Doroteo y Rosendo. Don Remigio sostenía que la lucha debía mantenerse en el campo y contra los terratenientes, ya que los campesinos eran los más desfavorecidos, y no los obreros de las ciudades donde la vida era más llevadera. Julio, que seguía

siendo un anarquista puro, sostenía lo contrario y no resultaba fácil ponerlos de acuerdo, sobre todo porque Julio era un testarudo que, además, a esas alturas se había mexicanizado. Estaba perdiendo su acento gallego, había tirado su vieja boina, se había dejado un largo mostacho, tenía la cara y las manos curtidas por el sol y los vientos del norte, y se vestía como un mexicano más, con sarape, su canana cruzada en bandolera y su pistola al cinto.

Su fama de dinamitero había llegado al D.F. y, amparado en ella, bravuconeaba con don Remigio y se amenazan mutuamente con darse de balazos si el otro no se avenía a sus razones. Pero la sangre nunca llegó al río, Julio y Remigio tenían cosas en común que los hacían inseparables; el riesgo, el juego y las mujeres. Durante casi un año y medio de correrías habían disfrutado de todas esas cosas, sobre todo de mujeres. Julio opinaba que las mexicanas eran ardorosas, se entregaban y sabían lo que le gustaba a los hombres, no como aquellas españolitas mojigatas, vestidas de negro, pañolón a la cabeza y beatonas, a las que resultaba imposible verles un tobillo. Don Remigio le contestaba con su fuerte acento mexicano «ándale mano, no te prives» y soltaba a continuación «ya sabes que la mujer es esa cosa linda con cerebro de pollo a la que hay que procurar tener siempre contenta».

Estaban viviendo en una casucha de una planta en las afueras, dos grandes habitaciones que servían de cocina y dormitorio para todos, pero tenía la ventaja de disponer de un corralón donde guardar las mulas y los aperos. Julio y don Remigio pasaban el tiempo en reuniones y conspiraciones

diversas y, mientras tanto, Doroteo y Rosendo se encargaban de mantener y proteger a las mulas y su cargamento.

Por aquellos días, Julio conoció a Jacinta y se prendó de ella. Jacinta era una chamaquita de 22 años que don Remigio había traído a la casa para que les preparara la comida y les lavara la ropa. Si hacemos caso a la descripción que de ella hacía don Remigio, era algo así como la virgencita de Guadalupe hecha carne, tan relinda, cariñosa y entregada que Julio cayó en sus redes desde el primer día. Y nunca mejor dicho, porque Jacinta formaba parte de un plan para convencerle de unirse a las huestes de Emiliano Zapata. Fue a don Remigio a quien se le ocurrió la idea. Harto de discutir con Julio, un día encontró a Jacinta en un prostíbulo de la capital mexicana y le ofreció el trabajo; engañar y atraer a su amigo a su bando. A Jacinta el encargo no le resultó difícil por dos razones, la primera y primordial porque ella era una zapatista acérrima, y en segundo lugar, porque nada más ver al gachupín, dicen que se enamoró de él.

Con el paso de los días, las cosas comenzaron a rodar en la dirección adecuada, es decir, la de atraer a Julio, por la vía sentimental, hacia el estado de Guerrero donde acampaban Zapata y sus hombres. Jacinta había estado durante semanas preparando el terreno con lágrimas, lloros y lamentaciones sobre la terrible situación que estaban pasando sus padres y hermanos. En Los Elotes, su pueblo, estaban comiendo raíces y habían tenido que huir de sus casas ante la represión desatada por los federales. ¡Malditos federales!, si yo fuera hombre, clamaba, lucharía junto a Zapata hasta morir si fuera necesario.

Estamos en 1912 y si pudiéramos asistir esta noche a la conversación que, en voz baja y muy amartelados, mantienen Jacinta y Julio, nos enteraríamos de lo que Jacinta dice. Le está hablando del zapatista Genovevo de la O, que durante los primeros días de febrero ha renovado los ataques sobre Cuernavaca y de que el general Juvencio Robles, en represalia, había ordenado la quema de Santa María de Ahuacatitlán y todos sus alrededores. Aquella misma mañana, ella había sabido que el día 10 los federales detuvieron a una hermana, a la suegra y los cuñados de Zapata, y sin poder aguantar los sollozos, le dijo que tres días más tarde fusilaron a 14 personas, entre ellas a dos de sus hermanos. Robles, estaba sacando a la gente de sus pueblos y confinándolos en campos de concentración, es lo que llamaba la recolonización y, como ella estaba en contra de todo esto, que se marchaba a pelear como soldadera. Aquí te dejo viviendo la buena vida, que mientras otros mueren por la causa de la justicia tú te contentas con utopías y discusiones de salón, y que ya no aguanto más, y que esta noche es la última que estamos juntos, clamó sollozante.

¿Quién se resiste a las lágrimas de una mujer de la que crees estar enamorado? Desde luego Julio no, y ante la posibilidad de quedarse sin su Jacinta, prometió y prometió que nunca la abandonaría, que no podía vivir sin ella, que si tenía que luchar lucharían juntos y que si tenía que morir lo harían de igual manera. Y así, entre la repentina alteración que por las lágrimas de su Jacinta sufre Julio, y la media sonrisa de ladina que asoma en los labios de ella, ambos se quedaron dormidos.

Nada más levantarse a la mañana siguiente, Julio se enfrentó a Remigio a quien espetó a la cara que ya estaba bien de

perder el tiempo con revoluciones utópicas y esperando el levantamiento de las masas trabajadoras que nunca llegaba. Había mucha gente muriendo por un trozo de pan y un poco de tierra con la que poder subsistir, y que nos vamos ahorita mismo, como si fuera Remigio quien no quería pelear. Remigio miró a Jacinta y le sonrió sin decir nada, se abrazó a su amigo Julio y pensó: por fin cayó el gachupín, Jacinta se ha ganado su paga.

Procedía ahora prepararse y hacer planes para contactar con las fuerzas de Genovevo de la O, el coronel rebelde que estaba actuando en zonas más próximas al Distrito Federal. Un mes más tarde, aprovechando que éste había tomado las poblaciones de Tepoztlan y Jonacatepec, arrearon sus mulas y partieron de noche hacia el sur. Jacinta iba con ellos.

Pero el coronel Genovevo de la O se había tenido que retirar, abandonado sus recientes conquistas, al no contar con municiones suficientes para defenderlas, y nuestros amigos le siguieron el rastro. A primeros de junio los detuvo una patrulla y fueron acusados de espiar para los federales, pero gracias a Jacinta, que fue reconocida por un campesino de su mismo pueblo, lograron pasar el mal trago y recuperar su valioso cargamento. Les llevaron ante don Genovevo, que les dijo haber oído hablar del dinamitero y que se alegraba de contar con él. Tenía órdenes y planes para impedir el tránsito de tropas federales por el paso de la ciudad de México a la de Cuemavaca, un lugar difícil de mantener y de la máxima importancia para los hombres del Ejército del Sur de Zapata que se batían algo más al este. Entre los planes estaba la voladura de los trenes que con refuerzos partían de la capital y

el dinamitero había llegado como enviado del cielo, conseguirían dinamita y empezarían a actuar de inmediato.

Un coronel aguerrido este Genovevo de la O. Nacido en Santa María Ahuacatitlán, estado de Morelos, en 1876, contaba 35 años de edad cuando nuestros amigos se encontraron con él. Su gran humanidad y enorme mostacho, le conferían un aspecto amenazador. Desde joven se destacó como acérrimo defensor de la gente de su pueblo y en su lucha contra el despojo de las tierras comunales. Fue uno de los pocos revolucionarios que sobrevivieron a la Revolución. Murió en 1952 y fue sepultado en su pueblo natal.

Pero volvamos al presente. Mientras se organizaba la acción, una mañana temprano, Jacinta dijo de improviso que se marchaba a su pueblo, quería visitar a sus padres. Julio insistió en que no podía estar sin ella pero que la comprendía, que volviera pronto, él no podía acompañarla, estaban a punto de entrar en campaña. Antes de partir, Jacinta quiso hacerse unas fotos, para poderlas llevar conmigo, según dijo. Don Remigio se las mostró a su nieto cuando le contó la historia de su abuelo. En una de ellas aparece Julio con su atuendo mexicano y un gran sable que pidió prestado, luciendo como todo un revolucionario. Si se observa bien, me dijo mi amigo, parece que todavía llevaba puesto el famoso cinturón donde guardaba su dinero. Estaba algo demacrado porque había sufrido algún problema intestinal, la venganza de Moctezuma, según don Remigio. En otra foto Jacinta muestra su belleza juvenil y la otra mujer que aparece en la fotografía, dijo don Remigio, era la que iba a sustituir a Jacinta durante su ausencia. No olvidemos que los revolucionarios necesitaban de sus mujeres

para que les prepararan las tortillas y los frijoles, forrajearan, cargaran los rifles y les cuidaran cuando caían heridos.

También Jacinta quiso hacerse una foto especialmente dedicada, una foto para que Julio la llevara junto a su corazón en la lucha, para que le protegiera de las balas y le mantuviera con vida, ella rezaría todos los días a la Virgen de Guadalupe. Jacinta se fue, jamás volvió y Julio nunca supo de su paradero ni de sus pasadas intenciones.

Contaba don Remigio que fueron meses intensos, la vida se arriesgaba a cada minuto y la lucha se hacía cada vez más cruel, no había cuartel para el enemigo, los hombres del ejército revolucionario y los inocentes morían a centenares. El 20 de julio nuestros amigos volaron un tren en el sitio llamado La Cima, en los límites entre Morelos y el Distrito Federal. Algunos prisioneros, capturados en esa ocasión, contaron que Pancho Villa se había unido a las fuerzas del general Huerta para combatir a Orozco y que, a pesar de la derrota que Villa infligió a éste, había sido acusado por Huerta de insubordinación, juzgado, condenado, mandado fusilar y salvado en el último minuto, cuando ya se hallaba ante el pelotón de ejecución, por un indulto del mismísimo Madero. En esos días Villa se encontraba encarcelado en la capital de la República, compartía celda con Gildardo

Magaña, lugarteniente de Zapata, también capturado por Huerta y, según decían, estaba aprendiendo a leer y escribir en la cárcel.

Hago un inciso para poner en antecedentes al lector en qué condiciones políticas se encontraba inmerso México en aquellos momentos, esto le ayudará a comprender los vaivenes a los que estuvo sometida la revolución en esos cruciales años. Francisco Ignacio Madero, nacido en Parras, Coahuila, seguía siendo presidente de la República desde su proclamación el 6 de noviembre de 1911. Cuando Emiliano Zapata proclamó el Plan de Ayala el 25 de noviembre, no reconociendo a Madero y exigiendo la reforma agraria, éste nombró al mando de las tropas del ejército federal al general Vitoriano Huerta, con órdenes concretas de combatir la insurrección de Zapata. El general Huerta, ingeniero y militar, había alcanzado el grado de coronel en 1900, año en que encabezó la lucha contra los levantamientos de los indios yaquis de Sonora y los mayas de Yucatán. Aunque no logró dominar a Zapata, si obtuvo una sonada victoria contra otro insurrecto, Pascual Orozco, al que persiguió hasta la frontera estadounidense. Esto lo convirtió en un héroe nacional, y a este héroe se enfrentaban nuestros amigos en aquellos terribles y sangrientos días.

Bien, prosigamos. A Julio ya no le importaban las historias que contaban sobre Villa, ahora estaba entusiasmado con su trabajo, era el héroe local, todas las mujeres del campamento querían estar con él, y eso hacía más fácil la desaparición de Jacinta. Don Remigio, para que la olvidara, le insinuó que quizás hubiera muerto durante algunas represalias de los federales, y esto le enfurecía aún más empeñándose en no dejar una sola vía férrea transitable en todo el estado. Participaron en el incendio de un tren en la estación de Porres, donde murieron unas cien personas entre civiles y militares. Días más tarde volaron otro en Ticumán con un saldo de bajas

parecido, pero esta vez con el agravante de que murieron tres periodistas que viajaban confundidos entre la escolta, lo que acarreó una serie de ataques furibundos de la prensa contra los bandidos zapatistas. Estos se defendieron aduciendo que era la respuesta a las atrocidades cometidas por los ejércitos del centro sobre las poblaciones de Morelos, y los procedimientos de exterminio puestos en marcha por Victoriano Huerta y Juvencio Robles, muy criticado por sus excesos con los prisioneros.

Nuestros amigos trabajaban solos y nunca entraban en combate directo contra el enemigo. Protegidos por su cobertura de chamarileros se desplazaban a lo largo de los pueblos colindantes con las vías férreas sin levantar sospechas, saboteaban o volaban un convoy y desaparecían del lugar. Estaban seguros, pero su fama era cada vez mayor y los federales ya sabían del dinamitero y sus hombres y les andaban buscando. Ofrecieron una recompensa por su captura y por ello pensaron que debían tomarse un descanso, cobrar su paga y desaparecer durante unos meses. A mediados del mes de agosto Zapata se encontraba en franca retirada ante el empuje de Robles. Éste acababa de tomar Huautla y envió un telegrama a Madero anunciando su victoria y la total pacificación de Morelos. Pero no era cierto, se seguían volando las vías y destruyendo las avanzadas federales y por ello Robles fue llamado a la capital y destituido.

La oportunidad había llegado, el frente se relajó, Zapata intentaba reagrupar a su gente y el grupo de los dinamiteros votaron por mayoría, con la abstención de Julio que seguía clamando venganza por la supuesta muerte de Jacinta, volver a

Veracruz. Después de casi dos años, Remigio, Rosendo y Doroteo añoraban a sus familias. Julio Manrique no se sabe, nunca hablaba de la suya.

IV

Fueron hacia el sur, sin prisas, no querían levantar sospechas, encontrarse con una patrulla de los federales sería la muerte. Como siempre, llevaban las armas escondidas y eludían las zonas más habitadas. Ya tenían práctica, sólo se aproximaban a los pueblos para conseguir algo de comida chamarileando, aunque la mayoría habían sido arrasados y las cosechas quemadas; de vez en cuando cazaban un conejo o algún tejón. Querían evitar los grandes núcleos de población como Puebla o Córdoba, así que se dirigieron más al sur dando un rodeo por Tehuacan y Tierras Blancas hasta alcanzar Alvarado para de allí, por la costa, llegar a Veracruz. Se olvidaron de la lucha por un tiempo, no sabían qué estaba pasando, no les importaba, al llegar se informarían, ellos ya habían cumplido con su parte ayudando a los zapatistas contra el traidor Madero.

Contó don Remigio que lo que pasó a continuación nunca lo olvidará. Cruzaron cerca de Alvarado y se dirigían hacia Boca del Río a través de una selva baja con manglares y una extensa sabana con altas temperaturas y un grado de humedad creciente, no dejaban de estar, por ello, en el Golfo de México. Julio resistía bien, tenía sobre sus espaldas la experiencia acumulada en la manigua cubana cuando aún no había cumplido los veinte años. Decidieron esconderse, esperar durante unos días y, mientras tanto, Rosendo intentaría

acercarse a Veracruz para averiguar qué estaba pasando. Los campesinos de la zona habían huido y los pocos que encontraban sólo contestaban a sus preguntas sobre la situación con un ¿quién sabe, señor? Decidieron ser prudentes, no arriesgarse, tenían a precio sus cabezas y era fácil identificarlos como el grupo de cuatro hombres que habían traído en jaque a los federales durante los últimos meses. Según lo previsto, Rosendo se adelantó a los demás, iba solo con una mula, se había cambiado de ropa y, para no infundir sospechas, vestía como un pelao de la zona, como un campesino desarrapado. Rosendo era el mayor de todos, casi cuarenta años, casi un viejo, conocía mejor que nadie el terreno y podría infiltrarse con facilidad entre los diferentes destacamentos que cercaban la ciudad. Los demás se quedarían esperándoles, y si al cabo de tres días, Rosendo no regresaba era señal de que no existía ningún problema, emprenderían la marcha y se reencontrarían en Boca del Río, a pocos kilómetros de Veracruz.

Transcurrió el tiempo fijado para que Rosendo hubiera regresado, así que todo debía estar en orden. Estaban impacientes y se pusieron en marcha al caer el sol. Viajarían de noche, a la luz de la luna era más seguro.

Avanzaron durante toda la noche, sin hacer ruido, por una zona donde la exuberante vegetación les servía de protección. Todavía no amanecía cuando llegaron a un claro del camino y entre la penumbra, frente a ellos, vieron colgar un bulto de un árbol. Remigio, que encabezaba la pequeña caravana, levantó la mano en señal de alto y se santiguó. No era un saco, era un hombre, un ahorcado que se balanceaba levemente a un

palmo del suelo y al que aún no alcanzaban a vislumbrar bien. Julio y Doroteo se salieron del camino y escondieron las mulas. Mientras, Remigio se adelantó y, a un par de metros de distancia, vio con cierto temor que el ahorcado estaba colgado de los pies, no del cuello. Estaba cabeza abajo, los brazos flácidos a lo largo del cuerpo; lo habían degollado. Remigio inspeccionó los alrededores y silbó a sus compañeros en señal de que podían acercarse sin peligro. Tendremos que bajarlo, se dijo, no se puede dejar a un cristiano colgado para pasto de las alimañas, todos tenemos derecho a una tumba. Al acercarse Julio y Doroteo al centro del claro, ya Remigio estaba encaramado en la rama cortando la gruesa cuerda que sujetaba al cadáver por los pies. El cuerpo cayó a tierra con un ruido sordo y Remigio dijo que debían cavar una tumba, un poco selva adentro, para que no les vieran. Le pidió a Doroteo que le ayudara a trasladarlo y al darle la vuelta, con la tenue luz de la amanecida asomando entre los árboles, vieron con espanto que el cuerpo que arrastraban era el de Rosendo.

Una rabia incontenida les subió por la garganta. Remigio dio un grito gutural, un grito tribal y ancestral que subió en un tono agudo hasta el cielo y espantó a los pájaros que revolotearon entre chillidos en las copas de los árboles. Se quedaron atónitos, quietos por un rato, los labios y los puños apretados y un sentimiento de venganza royéndoles el corazón. Remigio se inclinó, limpió la cara manchada de sangre de Rosendo y lloró en silencio mientras Julio y Doroteo le apremiaban para abandonar el claro donde se encontraban. Estaban acostumbrados a la muerte, habían visto morir a muchos, fusilados, ahorcados o a machetazos cuando había que ahorrar balas, y se repusieron pronto. La experiencia adquirida durante

tantos meses de lucha les hacía ser cautos, sus vidas podían correr peligro si continuaban por más tiempo donde estaban. Levantaron entre todos el cuerpo de Rosendo hasta una mula, lo ataron y cubrieron con una manta y se dispusieron a marchar, lo enterrarían en lugar sagrado si llegaban a Veracruz.

Pasada una hora escasa, Doroteo que iba de avanzadilla, olió a humo y retrocedió con rapidez. Alguien estaba acampado un poco más adelante. Dejaron las mulas, prepararon los rifles 30-30, comprobaron sus revólveres y avanzaron agachados hasta un ligero altozano desde donde pudieron observar a un grupo de hombres, medio uniformados, que vivaquean en una vaguada. Estaban preparando café alrededor de una fogata; uno, dos, tres, hasta diez contó Remigio en voz baja. Debe haber alguno más de guardia y son desertores de los federales, cuchicheó, vayamos con cuidado. Iban a intentar rodearlos cuando vieron, a unos cincuenta metros, atados a unas estacas, sus caballos y, entre ellos, la mula que llevaba Rosendo. ¡Estos son!, ellos le mataron, sólo para robarle, canallas, hijos de la gran chingada, lo pagarán con la vida. Los tres estuvieron de acuerdo, no podían dejar impune la muerte de Rosendo, y establecieron un plan para llevar a cabo su venganza.

Se encontraban en una posición privilegiada desde la que dominan al grupo sin que estos pudieran verles. Antes de iniciar cualquier acción debían eliminar a los que estuvieran de guardia junto a los caballos, así que Doroteo se encargó de ello. Machete en mano se deslizó entre los altos matorrales mientras Julio y Remigio cubrían al grupo con sus rifles. Doroteo encontró un solo vigilante, dormitando todavía, le atenazó con una mano la boca y, sin tiempo para darse cuenta

que se le iba la vida, cayó fulminado con la garganta abierta y la sangre saliéndole a borbotones. Se apoderó de su ancho sombrero, se colocó sobre los hombros el sarape con el que se cobijaba, y tomó su sitio junto a los caballos. Nadie se había movido en el grupo, nadie había oído nada, seguían alrededor de la hoguera, algunos de ellos aún medio dormidos, otros calentándose del frío brumoso de la mañana que comenzaba a despertar.

La segunda parte del plan era la más expuesta y fue Remigio quien asumió el riesgo. Mientras tanto, Julio se quedó donde estaba cubriendo al grupo, era el de mejor puntería y con el rifle podía deshacerse de varios hombres antes de que consiguieran reaccionar. La intención de Remigio era aproximarse al grupo e intentar acabar con algunos de ellos desde corta distancia, confiaba en que no le disparasen sin saber quién era. Se acercó a pie, con las manos lejos de las pistolas para que quedaran claras sus intenciones. Ante la voz de quién va, respondió que gente de paz, que había oído café, que llevaba dos días sin comer y que si podía calentarse en el fuego y tomar algo. El que debía ser jefe del grupo le gritó que alto ahí, ni un paso más, y quiso saber quién era mientras le encañonaba con su arma. Remigio dudó por un momento mientras Julio apuntaba cuidadosamente a la cabeza del que hablaba, pero debía esperar la señal de Remigio antes de disparar. Remigio comenzó a hablar mientras continuaba avanzando a pesar de la amenaza, dijo que había huido de los zapatistas que lo tenían prisionero con varios más, que se había perdido y que sólo buscaba algo de comer.

Llegó hasta el que le apuntaba y debió darle confianza porque le invitó a sentarse con ellos. Quería saber algo más, que si había visto tropas por los alrededores, de cualquier bando, que con quién estaba luchando, que por qué no vestía uniforme, y Remigio con voz calmada, como de alguien que estaba harto de pasar calamidades y al que nada le importa, le fue contando mentira tras mentira mientras lo tranquilizaba. Bonitas pistolas, dijo el jefe con la codicia asomando a sus ojos y muy atento a los movimientos de Remigio. El resto del grupo se desentendió de él y Remigio aprovechó para desplazarse de la línea de tiro de Julio mientras, para congraciarse, sacó tabaco, pero antes de que pudiera ofrecerlo se lo arrebataron de las manos y comenzaron a repartírselo. Era el momento, estaban distraídos, se arrojó el sombrero a la espalda y con ello dio la señal. Julio disparó al jefe que cayó con un agujero en el cuello. Remigio sacó sus revólveres y disparó contra los más próximos en un intento de evitar que se dispersasen. Mató a dos de ellos y dejó herido a uno que gritaba en el suelo como un condenado. Mientras, Julio seguía abatiendo, desde su posición privilegiada, a los que corrían en todas direcciones, y Doroteo a los que intentaban acercarse a los caballos con ánimo de huir. Los desertores, ante el ataque sorpresa, no tuvieron tiempo de disparar un solo tiro cuando ya estaban todos fuera de combate. Quedaron dos hombres heridos, uno de ellos muriéndose y el otro con un disparo en el estómago, los nueve hombres restantes estaban muertos. Todo había acabado en menos de tres minutos. Rosendo estaba vengado.

Doroteo remató al moribundo y dejaron al superviviente vivo porque querían saber el motivo por el que mataron a Rosendo. Julio se opuso, no tenían tiempo que perder, alguien podía

haber oído el tiroteo y estaban en peligro, además ¿para qué?, no valía la pena, no le iban a devolver la vida a Rosendo. Nosotros ya hemos vengado su muerte dijo, tomemos armas y caballos, el posible dinero y nos marchamos, el herido que se pudra, no puede ir solo a ningún sitio. De acuerdo, nos vamos, pero a este cabrón le pego un tiro, y sacando su revólver Remigio le voló la cabeza.

Al atardecer llegaron a la orilla del río Jamapa, en la desembocadura de la barra de Boca del Río, con sus reatas de mulas y los caballos dispuestos a cruzar por el viejo puente de madera camino de Veracruz. Fue entonces cuando tuvieron noticia del levantamiento del general Félix Díaz y de que aquella misma mañana, 23 de octubre, se había rendido a las tropas del general Valdés. La ciudad estaba aparentemente en calma y Díaz encarcelado. No podían esperar y decidieron enterrar a Rosendo, al menos aquí no estará muy lejos de su familia y el día de difuntos podrán venir a visitarle, sentenció Remigio.

Existía una laguna en la memoria de don Remigio que no le permitía recordar cómo entraron en Veracruz y qué ocurrió hasta que se encontraron establecidos de nuevo en la ciudad. Don Remigio dijo que simplemente llegaron, reencontraron a las familias y a sus compañeros de lucha, que por seguridad a nadie contaron sus peripecias y se integraron en la vida normal. Resulta extraño que Julio decidiera quedarse por algún tiempo inactivo y no volviera en ese momento a Buenos Aires, pero, por alguna razón que desconocemos, se quedó a vivir junto a sus amigos Remigio y Doroteo. Quizás, la posibilidad de embarcar hacia La Habana sin dificultades, le daba la

tranquilidad de poder salir de México en cuanto las cosas se pusieran mal, o acaso estuviera agotado y el clima de Veracruz y su entorno invitaba a un largo descanso.

V

Había más españoles en la Casa del Obrero Mundial y en aquellos días estaban con los ánimos revueltos. Llegaban rumores, en los barcos que venían de La Habana, de que en esa ciudad se estaba fraguando una conspiración contra Madero, los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz eran sus artífices. Los compañeros anarquistas de La Habana, más en contacto con España que ellos en Veracruz, transmitieron las órdenes recibidas de la metrópoli: apoyo incondicional a Madero, único elegido por sufragio universal.

El ruido de sables no se acallaba y las reuniones entre los miembros del partido eran interminables. Mientras se aprestaban de nuevo a la lucha se mandaban y recibían constantes mensajes del D.F., sin embargo, Julio era reticente a colaborar. Él había luchado junto a Zapata contra el gobierno federal encabezado por Madero, y conocía de primera mano toda la barbarie que los federales desencadenaron contra ancianos, mujeres y niños. Julio no consideraba a Madero un hombre digno. Había traicionado los ideales de la revolución original y dejado al ejército en manos del general Huerta, un asesino que recorría de norte a sur la República, saqueando, quemando y matando sin piedad a indefensos campesinos. ¿Qué sabes tú? le reprochaban sus compañeros, ¿qué sabes tú de los intereses internacionales de nuestra revolución?,

nuestra obligación es cumplir con las instrucciones recibidas, los líderes conocen mejor que nosotros lo que hay que hacer en beneficio de la causa. Debes saber, además, que los imperialistas yanquis están detrás de todo esto, el embajador Henry Lañe Wilson está con los conspiradores e instando al gobierno americano a apoyarlos, así que no nos obligues a que informemos de tu actitud negativa. Julio no quería comprometerse; escuchaba, callaba y esperaba. Remigio estaba de su lado y le apoyaba sin condiciones.

Don Remigio recordaba que mientras estaban a la espera, les llegó la noticia de que el 9 de febrero de 1913, había estallado en el D.F. la sublevación militar tanto tiempo preparada desde La Habana. A las cinco de la mañana, los cadetes de la Escuela Militar habían tomado posesión del Palacio de Gobierno y el general Mondragón, con fuerzas del primer regimiento, liberó de la penitenciaría a Bernardo Reyes y a Félix Díaz, el insurrecto de Veracruz que había sido trasladado a la capital. Dentro de la confusión generalizada por estos actos, de la rapidez con que los cadetes habían sido desarmados y el palacio recuperado, los insurrectos, comandados por Mondragón y Díaz, se habían hecho fuertes en la Ciudadela.

Durante los siguientes días las noticias se volvieron confusas, al mismo tiempo que los acontecimientos se precipitaban sin que supieran cómo actuar. Decían que Huerta tenía el mando absoluto del ejército federal, que había ordenado un ataque de 800 rurales a caballo contra la Ciudadela en el que murieron casi todos en el empeño, que la embajada de Estados Unidos era el centro de la conjura y que Huerta, compinchado con Félix Díaz, había traicionado al gobierno mandado prender al

presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez. El 19 de febrero llegaron noticias de que Madero, forzado por Huerta y la presión del embajador americano, había firmado su renuncia y que éste, junto con Pino Suárez y sus familias, iban a ser conducidos en un tren especial a Veracruz desde donde embarcarían rumbo a Europa.

Los más exaltados propusieron un plan para liberar a Madero a su llegada a Veracruz y reponerlo en el poder. Se temía lo peor, que Huerta se nominara como nuevo presidente de la República y que, como enemigo declarado de Pancho Villa y de Emiliano Zapata, emprendiera una política de castigo contra ambos, dando fin al sueño revolucionario e instaurando un nuevo régimen de corte porfirista.

Tenían razón los anarquistas veracruzanos en pensar así, porque Huerta ya era el nuevo presidente, y los planes cuidadosamente elaborados para liberar a Madero no pudieron ponerse en práctica. La noche del 22 de febrero, mientras Madero y Pino Suárez eran conducidos en coche desde el palacio de gobierno a la penitenciaría, se organizó un falso ataque contra los vehículos en los que iban, que sirvió como tapadera para el asesinato de ambos por parte del mayor Francisco Cárdenas que mandaba la expedición.

La conmoción fue tremenda. Unos se preparaban para resistir mientras otros, entreviendo el peligro, se aprestaban a huir ante la posible represión contra todo lo que oliera a maderista. Fue entonces, recordaba don Remigio, cuando Julio se convenció de que había llegado el momento de abandonar México y volver. Primero iría a Cuba y esperaría una

oportunidad para dar el salto a España, quizás empezaba a sentir añoranza. Lo que sí parece cierto, es que había perdido la fe en los resultados de tantos meses de lucha en pro de una revolución convertida de la noche a la mañana en una involución. Los mexicanos no aprendían de sus errores, el imperialismo yanqui, apoyando la conjura de los terratenientes, de industriales onnipotentes, de banqueros acaudalados y de comerciantes sin escrúpulos, había de nuevo ganado la partida. Durante los dos meses siguientes Huerta se preocupó de asegurar su poder poniendo al frente de los gobiernos de Querétaro y Morelos a sendos generales, y lanzando una campaña sin cuartel, en este último estado, contra las fuerzas de Zapata que no reconocían al usurpador.

De los rebeldes anteriores a la toma de posesión de Huerta, solamente Pascual Orozco con sus 4.000 hombres se sometieron al nuevo gobierno, mientras que Coahuila, Sonora y Chihuahua se alineaban contra él junto a Venustiano Carranza y Francisco Villa. Este último, en marzo, junto a ocho hombres, había cruzado el río Bravo para unirse a la lucha contra Huerta. Villa reclutó hombres en las montañas de San Andrés y era tan grande su popularidad que en solo un mes levantó un ejército de 3.000 voluntarios.

El movimiento obrero continuaba en marcha y algunos maderistas de relieve, como Jesús Urueta y Serapio Rendón, que no descansaban en su incipiente lucha contra la dictadura huertista, encontraron una cordial acogida en la Casa del Obrero Mundial. Juntos, organizaron una marcha en la ciudad de México para el 1º de Mayo en conmemoración de los acontecimientos de Chicago. En el transcurso de la misma

querían demostrar cuáles eran los sentimientos de los trabajadores y los pensamientos, que de cara a la realidad mexicana, reinaban entre el proletariado nacional. Era el último favor que Remigio le pidió a Julio antes de su despedida definitiva, que le acompañara a la capital en tren y que estuviera presente en la manifestación. Una manifestación en la que, sin amedrentarse y sin perder de vista sus objetivos de clase, se reclamaría la jornada de ocho horas y el descanso dominical. Julio tuvo que ser coherente, a pesar de su hastío, con los principios que hasta entonces había defendido y no supo negarse. Mejor lo hubiera hecho, porque esta decisión volvería a dar un giro de 180 grados a sus intenciones de regresar a España.

A eso de las once de la mañana, la manifestación partió hacia el centro de la ciudad, clamorosa, imponente, turbadora, se calcula que más de veinte mil trabajadores, entre mujeres y hombres, formaban parte de ella. El recorrido se realizó sin contratiempos. La misma prensa burguesa diría que, según los informes cableografiados recibidos de las agencias internacionales, la manifestación de los trabajadores mexicanos había sido la más concurrida de todas las celebradas ese día en diferentes países, incluso había superado a la que se produjo en las calles de Londres. Julio y Remigio estaban exultantes y colaboraron a mantener el éxito de la misma permaneciendo en el D.F. durante algunas semanas más. Se trataba de aprovechar la euforia de las masas para proseguir con su lucha.

Pero el día 25 del mismo mes, Huerta impidió la celebración del mitin que la Casa del Obrero Mundial pretendía realizar en

el teatro Lírico de la capital, y los promotores, enfrentándose abiertamente a la prohibición, organizaron un acto público donde los oradores se expresaron sin miedo y con energía. Fue Serapio Rendón quién puso la nota dramática con su virulenta catilinaria contra Huerta y su régimen corrupto y sanguinario, llamándole rufián y asesino –por la muerte de Madero–, excitando a los trabajadores a la acción y acusando a los policías presentes en el acto de esbirros del gobierno. Fue el principio del fin, a partir de ese momento una campaña de atentados y persecuciones sin precedente se desató contra los trabajadores. Muchos de los mexicanos asistentes al mitin fueron detenidos y encarcelados, y los extranjeros, que igualmente estuvieron presentes, deportados. En el transcurso de un año, todas las sedes de la Casa del Obrero Mundial fueron asaltadas y clausuradas por los partidarios de Huerta.

Cada día llegaban noticias de detenciones masivas y nuestros amigos, casi sin tiempo y con sus escasas pertenencias, salieron huyendo de la ciudad de México. Pasaron meses escondidos mientras duraba la represión, merodeando por los alrededores de la capital, en las montañas camino de Cuernavaca, con la intención de pasar a la zona sur controlada por los zapatistas en cuanto la situación lo permitiera. Iban a pie, no disponían de cabalgaduras ni de medios para conseguirlas, cazaban y comían lo que lograban, y pernoctaban donde podían. Con ellos dos se encontraba también el bueno de Doroteo, eran compañeros inseparables. A veces se acercaban a los pequeños pueblos de la zona en busca de noticias, compartían unas horas en alguna cantina y comían caliente, luego continuaban su vagabundeo a la espera de toparse con alguien, conocedor del terreno, que les ayudara a cruzar las líneas federales. Huerta había

desencadenado el terror contra sus enemigos y controlaba todos los caminos de salida de la capital para evitar que huyeran; los quería muertos, tan muertos como el diputado Adolfo Gurrión o el mismísimo Serapio Rendón, en peligro desde el famoso mitin del 1º de mayo, y que habían sido asesinados durante el mes de agosto.

Uno de aquellos días, mientras tomaban unos mezcales en un oscuro rincón de una mugrienta cantina, vieron entrar a cuatro hombres fuertemente armados. Uno de ellos se enfrentó al cantinero al que inquirió diciendo que andaba buscando a dos o tres hombres, y entre ellos a un español. Llevan tiempo por la zona ¿los has visto por aquí? Nuestros amigos, que oyeron la pregunta, se revolvieron inquietos y acercaron sus manos a las pistolas dispuestos a empezar la reyerta si llegaba el caso. El cantinero, que por supuesto los había visto a menudo respondió con evasivas, pero su mirada al rincón donde se encontraban le delató.

El jefe del grupo intuyó que aquellas sombras, recostadas sobre la mesa contra la pared, tenían algo que ver con las personas que buscaba. Son tres, pensó, deben ser ellos. ¡Eh amigos!, tranquilos, no somos federales, buscamos a uno al que llaman el dinamitero. ¿Alguien de ustedes lo conoce?, acérquense por favor. Julio se retiró el sombrero de la cara y miró a quien hablaba mientras se levantaba de la silla con la mano apoyada en la culata de su pistola. Remigio y Doroteo ya apuntaban con las suyas bajo la mesa. ¿Quién lo busca?, preguntó con su mejor acento mexicano, pero no lo suficiente para engañar a su interlocutor que se abalanzó sobre él gritando: ¡Eh Julito, amigo, soy yo, Pablo Seáñez! El ambiente

se distendió, todo fueron abrazos y parabienes. ¡Remigio!, ¡Doroteo!, hermanos, ¿dónde está Rosendo? A Rosendo lo mataron unos federales desertores cerca de Veracruz, nosotros andamos huidos, la gente de Huerta nos busca, esperamos poder pasar a Morelos. Y tú, ¿qué haces por acá, mi teniente?, menuda sorpresa. Juntaron un par de mesas y se sentaron frente a unas botellas de mezcal que trajo solícito el cantinero limpiándose el sudor que le corría por la frente, sudor y miedo por lo que podía haber desembocado en una temible balacera.

Ahora amigos soy teniente coronel, les dijo Seáñez, mi general Pancho Villa me encargó localizarles, les necesitamos en el norte. Llevo meses tras vuestro rastro, Veracruz, ciudad de México, y hasta aquí, ya desesperábamos de encontrarles, pero no podía volver solo, mi general me hubiera mandado fusilar. Estamos peleando contra las tropas del usurpador Huerta bien duro. El maldito Huerta está contrabandeando armas y cartuchos de Estados Unidos a pesar del embargo. Hace consignar los envíos a La Habana y Nueva Orleáns para transportarlas a Tampico y Veracruz en barcos particulares. He acordado con vuestra gente de la Casa del Obrero Mundial que sabotearan y retrasarán al máximo la descarga y el transporte de esas municiones al frente, no deben llegar, necesitamos ganar tiempo. Así fue como supe de vosotros y aquí me tenéis. Yo me uní de nuevo al general Villa tan pronto cruzó el río Bravo, hemos derrotado a las fuerzas de Huerta y Orozco en Bustillos, San Andrés y Santa Rosalía. Por vuestra culpa me he perdido la toma de Torreón, mi general al frente de la División del Norte, diez mil hombres, se presentó ante la ciudad la semana pasada, el 3 de octubre, y se rindieron casi sin disparar. Ahorita mismo está preparando la toma de Chihuahua,

continuó, y quiere cortar las líneas de suministro que llegan de ciudad de México. Hemos estado intentándolo y contábamos con un gringo loco que maneja bien la dinamita al que llaman Death Valley Slim, pero el pasado 5 de agosto, bajo el mando de Toribio Ortega ¿lo recordáis?, al intentar cortar el ferrocarril central entre Ciudad Juárez y Chihuahua, fueron atacados por una fuerza superior de huertistas en Estación Ranchería y lo hirieron gravemente mientras cubría con una ametralladora la retirada de Toribio. Un gringo valiente y loco. Ahorita no contamos con nadie, el enfrentamiento directo en primera línea tiene esos riesgos, vosotros funcionáis mejor con vuestras mulas y todos esos cachivaches, por eso mi general Villa quiere al dinamitero y a su gente, y para eso estoy aquí, para llevaros conmigo vivos o muertos. Mi general se juega mucho y todos perderemos si el aprovisionamiento y los pertrechos de los federales llegan antes de que controlemos todo el estado.

Julio intentó explicarle que no contara con él, que volvía a España, pero Seáñez no le dejó. Y continuó: también sé que te quieres volver a tu tierra, que estás cansado, peleasteis bien junto a Zapata y ahora tienes miedo amigo, pero yo sé cómo se cura ese miedo, aquí tenéis, diez mil dólares y esto es sólo el primer pago. Seáñez puso sobre la mesa un paquete envuelto en papel de periódico y atado con cuerdas que todos miraron con ansiedad. Si no os parece suficiente, pondré también en la mesa mi pistola y acabamos esta plática como purititos machos.

Seáñez con los ojos fijos en Julio, y con la firme decisión reflejada en su mirada de hacer lo que decía, se levantó muy despacio, tiró al suelo la silla de una patada, y retrocedió dos

pasos. Sus hombres le imitaron mientras nuestros amigos, tomados por sorpresa ante el inesperado sesgo de la conversación, intercambian miradas sin perder de vista a los villistas. Tengamos la fiesta en paz, somos amigos ¿o no?, entonces ¿a qué vienen estas amenazas? Julio cortó ese momento de tensión con sus palabras, levantó con parsimonia el paquete de la mesa y, a pesar de saber que Remigio y Doroteo preferían luchar junto a Zapata, exclamó: ¡Chócala mi cuate!, estamos contigo. Pensó que, de momento, lo mejor era salir del embrollo en que les había metido Seáñez y que más tarde decidirían qué hacer.

El grupo de Seáñez viajaba con caballos de refresco que sirvieron para que se pusieran en marcha de inmediato. Uno de sus hombres conocía como la palma de su mano el terreno que pisaban y, por caminos intransitables, llevando de las riendas las monturas, y atravesando una de las peores zonas imaginables de montaña, se encaminaron vuelta atrás, hacia Querétaro, rodeando el estado de México. Quedaba un largo camino hasta Aguascalientes y Torreón donde esperan encontrarse con las fuerzas de Pancho Villa, un camino preñado de peligros y sobre todo de federales y rurales dispuestos a cazarles. A pesar de todo, los dos grupos se miraban con recelo, se vigilaban mutuamente, nadie confiaba en nadie. Remigio no estaba de acuerdo con la decisión tomada, pero reconocía que en aquel momento fue lo único razonable que se podía hacer. Doroteo no opinaba, como siempre haría lo que decidieran sus dos amigos, así que Julio intentó convencer a Remigio de que debían seguir adelante y esperar una oportunidad para desembarazarse de Seáñez y su gente, quizás

un encuentro con los federales o algún otro incidente durante la marcha.

¡Ay Julito, Julito!, sé en lo que estás pensando, no seas tonto y aprovéchate de la generosidad de mi general, serás un hombre rico, y vosotros dos, que sois mexicanos, no podéis estar ajenos a lo que está ocurriendo, es vuestro país y es vuestra gente los que están siendo saqueados y asesinados por los condenados terratenientes de siempre. ¡Malditos porfiristas! ¿Queréis otros treinta y cinco años de esclavitud? Qué importa con quién luchéis, con Zapata o con Villa, lo importante es luchar por vosotros mismos, por vuestras familias, por un pedazo de tierra que poder dejar a vuestros hijos o donde poder morir en paz, por el orgullo de volver a ser hombres libres. Además amigos, no podéis quejaros, no pelearéis en primera línea, no tendréis que enfrentaros cabalgando a las ametralladoras de Huerta, esas malditas Colt y Vickers–Maxim que te siegan como una guadaña, estaréis lejos de todo esto, en la retaguardia, seguros y sin riesgos, para que volváis ricos a vuestros pueblos. Así intentó tranquilizar los ánimos Pablo Seáñez, tratando de evitar que la sangre sí llegara al río. Les había salido demagogo el joven y astuto tenientito coronel.

Nuestros amigos comprendieron que no era el momento de entablar una disputa con Seáñez, y decidieron seguir adelante, al fin y a la postre tenía algo de razón en lo que decía y el fin de Huerta, tal como estaban las cosas, debía estar próximo y entonces sí, entonces Julio abandonaría esa maldita tierra de la que empezaba a estar algo más que cansado. Cansado de tantas revoluciones y contrarrevoluciones que no solucionaban

las injusticias por las que se alistó a la lucha, que sólo servían para que unos, casi siempre los mismos, se repartieran momentos de gloria y poder, o para que otros dieran rienda suelta a sus instintos asesinos, llevando a cabo viejas venganzas alentadas en la memoria por generaciones de campesinos explotados y sin tierras.

Pancho Villa había tomado en un ataque sorpresa Ciudad Juárez a mediados de noviembre y se aprestaba para asaltar Chihuahua y Ojinaga antes de finales de año. El grupo de nuestros amigos llegó a principios de diciembre a Torreón, justo con el tiempo suficiente para alistar nuevas reatas de mulas, provisiones y armas, y partir a toda prisa hacia la frontera norte, hacia Ojinaga, ya que se aproximaba a Torreón un fuerte contingente huertista, al mando del general José Refugio Velasco, lo que supuso un cambio de planes. Por el camino tratarían de informarse sobre los movimientos de tropas y esperarían hasta encontrarse con el grueso de las fuerzas villistas.

No debían hacerse notar, todavía no era el momento de actuar. Villa quería mantenerlos en reserva, que se hicieran conocer por la zona, que no levantaran sospechas entre los vecinos de los pueblos y que actuaran como siempre, como simples chamarileros. Estas fueron las instrucciones transmitidas por Seáñez que dijo haberlas recibido directamente del mismísimo Villa, y de su propio colete añadió que no se les ocurriera engañarle, que él consideraría el hecho como una traición personal y los encontraría así se escondieran en el fin del mundo. Los despidió con un ándale mis cuates y de prisita que tenemos a los huertistas encima. Torreón cayó en

manos del general Refugio el 9 de diciembre de 1913, justo una semana después de la llegada de nuestros amigos y de su precipitada partida hacia el norte.

Meses más tarde, el grupo se encontraba vagabundeando entre Chihuahua y Ojinaga a lo largo del río Conchos. Habían llegado a la convicción de que no era tan mala esa forma de vida, hacían negocio con sus mercaderías y además cobraban lo acordado con Seáñez sin exponer demasiado el pellejo. Pasaban la frontera a Presidio, en el lado americano, vadeando el río Bravo sin dificultades, y compraban pequeñas baratijas que luego revendían a buen precio en Ojinaga y zonas limítrofes.

Presidio era un pueblucho de unas pocas casas desperdigadas entre los arenales a lo largo del río, con una sola tienda donde un alemán hacía su agosto proveyendo a los refugiados y a las tropas de ambos bandos al otro lado de la frontera. Nuestros amigos visitaban a menudo el lugar para abastecerse y por dos importantes razones: la primera, porque podían beber un güisqui aceptable y jugar unas manos de póquer en la trastienda, y la segunda, porque el alemán tenía tres rellenitas y rubicundas hijas que eran la admiración y la tentación de todos los que rondaban por las cercanías de Presidio. Toda una turba de fogosos admiradores las perseguían noche y día a pesar de que su padre, con un enorme pistolón, disparaba a todo el que se acercaba con aviesas intenciones.

Según contó don Remigio, Julio fue uno de los pocos que pudo tener acceso a la mayor de ellas, que se prendó de él al

creerle un caballero español en busca de locas aventuras. La complicidad de Úrsula, que así se llama la fraülein en cuestión, les fue de gran ayuda en múltiples ocasiones. Cierta día ella le pidió que ayudara a cruzar el río a un periodista gringo quien, por encargo de su periódico, pretendía entrevistar a Pancho Villa. Julio no quería hacerlo por si se descubría su tapadera, los periodistas suelen ser muy curiosos, pero el gringo estaba dispuesto a pagar y, ante esto y la insistencia de Úrsula, las reticencias desaparecieron. Comentó don Remigio que el interés de Úrsula por el gringo parecía demasiado exagerado, que quizás Úrsula estuviera compartiendo sus favores con él a la vez que Julio y bromea con todo ello.



John Reed

El gringo chapurreaba algo de español, pero le costaba bastante entender el acento y las palabras puramente mexicanas que se hablan en el norte, por eso hacía buenas migas con Julio, le comprendía mejor y, durante los dos o tres días que estuvieron juntos en Presidio, antes de cruzar el río, encontraron puntos comunes en sus ideologías. El gringo dijo

que era socialista, también que había sido el organizador de la agrupación sindicalista International Workers of the World (IWW) y del Partido Socialista de Estados Unidos. En la actualidad trabajaba para la revista *Metropolitan* y tenía el encargo de enviar reportajes sobre la revolución mexicana y sobre todo de Pancho Villa, pero hasta que no consiguiera contactar con él, intentaría entrevistar al general Salvador Mercado que mandaba las tropas federales acantonadas en Ojinaga.

También quería encontrar a un escritor americano que a finales de diciembre había entrado en México. Era un gran escritor y periodista, explicó, algo mayor, quizás más de setenta años, su familia teme por su vida. El gringo pidió a nuestros amigos que si averiguaban algo de él intentaran comunicárselo, dijo que se llamaba Bierce de apellido. Julio le contó que habían luchado con Madero y que ahora iban y venían por ahí comprando y vendiendo cosas, que cuando consiguiera ahorrar algo de dinero regresaría a España, todo ello porque al gringo no le encajaba muy bien el que un español anduviera en compañía de indios mexicanos en esas labores.

Llegado el día en que nuestros amigos completaron su aprovisionamiento, se adentraron en México cruzando el río Bravo sin contratiempos y, a unos kilómetros de Ojinaga, dijeron adiós al que hasta entonces sólo llamaban Míster. Ellos no entrarían en Ojinaga, seguirían algo más al sur, y el míster que dijo llamarse John, en español Juan aclaró, Juan Reed, se despidió con un con Dios, gracias y hasta más ver.

VI

Durante el tiempo que estuvieron en Presidio, Villa había rechazado a las fuerzas federales encargadas de retomar Ciudad Juárez y, tras una encarnizada lucha, se había apoderado de Ojinaga el 10 de enero de 1914. Los generales constitucionalistas, Toribio Ortega y Pánfilo Nájera, no habían podido desalojar a los federales, hasta que Pancho Villa, llegado de Chihuahua con un enorme ejército, los expulsó al otro lado del río Bravo, a Presidio. Villa ejecutó a todos los rezagados y sospechosos de simpatizar con los federales, presumiendo de ello ante los fotógrafos de películas en las calles de Ojinaga.

Dos hombres a caballo, polvorientos después de recorrer durante una semana la zona en busca de nuestros amigos, llegaron hasta ellos con instrucciones de Seáñez de regresar de inmediato. Al presentarse ante él fueron informados sobre la situación. Villa, después de lo de Ojinaga, estaba exultante, quería lanzarse contra Torreón y estaba preparando una nueva estrategia. Había comprado un aeroplano, un bimotor Martín Pusher equipado con un motor Curtiss de 75 caballos, similar al que tenía Álvaro Obregón en el Ejército del Noroeste, y pensaba usarlo en misiones de reconocimiento y bombardeo sobre Torreón.

Nos parece una idea estupenda, pero ¿no pensarás que sé manejar uno de esos trastos?, respondió Julio a las explicaciones de Seáñez. Éste sonrió y dijo: pues claro que no gachupín, para eso hemos contratado a un gringo, un tal Parsons que sabe mucho de aeroplanos. Vosotros vais a pasar al otro lado, a Presidio, y os traéis a Parsons que os está esperando con el aeroplano. Luego lo lleváis hasta Chihuahua sin que nadie os cace por el camino, así que... órale, se acabó la buena vida.

Contó don Remigio que aquella misión no fue, como a primera vista parecía, algo complicado, al contrario fue casi un paseo. Cruzaron el río por donde siempre lo habían hecho, eludiendo a las patrullas del Noveno de Caballería Negra encargadas de vigilar la frontera en cumplimiento del embargo decretado por el Presidente Taft en 1912. Encontraron a Parsons en la cantina del alemán, oportunidad que aprovechó Julio para que fraülein Úrsula le agradeciera la ayuda prestada al periodista gringo. Más tarde se hicieron cargo de dos carromatos entoldados, que transportaban el aeroplano debidamente despiezado, y volvieron a vadear el río sin que los soldaditos negros del Noveno de Caballería se enteraran de que lo del embargo de venta de armas era una pura pantomima.

Una semana después entregaron la mercancía y a su pasajero en unos talleres de reparación de trenes en la ciudad de Chihuahua. Allí tuvieron la oportunidad de ver fabricar las bombas, de seis kilos de peso cada una, que serían lanzadas desde el aeroplano. Como tenían que arrojarse con una mano desde el aire, mientras el piloto manejaba el aeroplano con la

otra, la estabilidad y la puntería eran un mero problema de suerte y, si además, llegaban a estallar, ya era un acierto pleno. Había un individuo, un tal Lester Barlow, gringo también, por supuesto, y contratado como ingeniero militar por Villa, que estaba diseñando unos estabilizadores para solventar el hecho de que la bomba no caía vertical. Barlow tampoco acababa de encontrar un buen sistema de detonación en el momento del impacto.

Julio, que para estas cosas era un lince, según declaró don Remigio, ofreció a Barlow una idea que se le acababa de ocurrir. ¿Por qué no usar como detonador un sencillo cartucho de rifle, extraída la bala, e insertado en el extremo de la bomba? Además, se podría solventar lo de la estabilización si se fabrican las bombas con forma de pera, el mayor peso de la parte baja las haría descender verticalmente. Dicho y hecho, Barlow envió un telegrama a Villa pidiendo que se autorizara a nuestros amigos a permanecer en los talleres hasta que se probaran las ideas de Julio. Villa dio su aprobación sin ningún reparo, él sólo quería tener operativo el aeroplano lo antes posible. Se empezaron a fabricar unos recipientes de acuerdo con las indicaciones de Julio, que se rellenaban de dinamita, nitroglicerina gelatinosa o pólvora. También se aumentó su peso hasta los nueve kilos para que su efecto fuera más devastador.

Una vez ensamblado el aeroplano, fue Edwin Parsons el encargado de probar las nuevas bombas que resultaron todo un éxito. Consiguieron que explotaran tres de cada cuatro, pero Parsons se quejaba de que debido al excesivo peso resultaban difíciles de lanzar mientras maneja los mandos.

Tenía que asirlas desde los laterales del asiento, izarlas fuera de la carlinga, orientarse hacia el objetivo y arrojarlas, y la mayoría de las veces caían fuera del blanco previsto. Bendito ingenio español, a Julio se le ocurrió nuevamente que se podían colocar en un soporte adosado en un costado por la parte exterior del aeroplano, las bombas irían sujetas con una simple cuerda, con una argollita en el extremo, que el piloto iría soltando de una en una sin ningún esfuerzo.

El invento resultó perfecto y si alguien, alguna vez, decidiera efectuar un estudio detallado de la aviación de combate, estará obligado a admitir que los primeros bombardeos aéreos de la historia se realizaron durante la revolución mexicana, y que dentro de la incipiente tecnología del nuevo arte de la guerra, Julio Manrique fue uno de los grandes pioneros, de lo cual su nieto se sentía enormemente orgulloso como descendiente y portador de su nombre, aunque sean los gringos quienes reivindiquen el mérito para el tal Lester Barlow.

Juraba don Remigio que todo lo anterior era cierto, y que ni Julio, ni por supuesto él, cobraron un simple peso por sus aportaciones, aunque todo hay que reconocerlo en esta vida, mientras estuvieron en Chihuahua vivieron a cuerpo de rey, en el mejor hotel de la ciudad, con buena mesa, buen tequila y buenas mujeres, y que vaya lo uno por lo otro.

La fiesta no les duró mucho, poco después ya estaban de vuelta hacia el norte. Esta vez habían dejado a sus entrañables mulas y hacían el camino más cómodamente en los dos carros en los que trajeron el aeroplano. Por entonces ya eran

chamarileros ricos y, por tanto, el tipo de mercancías que ofrecían había subido de categoría y de precio.

Antes de llegar a Ojinaga acamparon junto a las fuerzas de avanzadilla de un coronel villista, cuyo nombre aseguró don Remigio no recordar, y que esa noche pernoctaban entre las ruinas de un claustro conventual destrozado por el cañoneo de ataques anteriores. Entre las paredes sin techo, a la luz de las estrellas, entre los caballos y los pertrechos, una cincuentena de hombres se protegía del frío junto a unas hogueras. No les acompañaban soldaderas ya que debían moverse con agilidad durante la marcha, compartían la comida y hablaban entre ellos de sus cosas.

Aquella noche estaban de fiesta, nuestros amigos habían aportado provisiones extras y todos lo celebraban y lo agradecían. El dinamitero seguía siendo un héroe de la revolución y se acercaban para estar junto a él y oírle contar cosas, no de la revolución, de eso ellos sabían mucho y la habían sufrido en sus propias carnes, sino de España, esa tierra tan lejana en la que también existían hombres honrados y valientes que luchaban junto a los que no poseían nada, al parecer. Pasado el ímpetu revolucionario de los primeros días y del reencuentro en el D.F. con sus correligionarios, Julio ya sólo luchaba por sí mismo, por su parte de los diez mil dólares y por la futura paga.

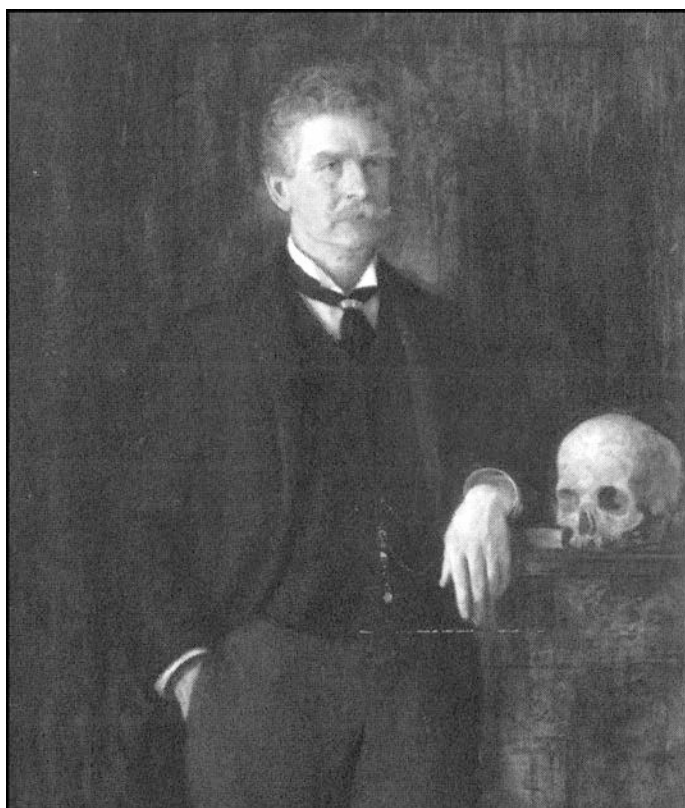
Durante la acampada, relató don Remigio, un hombre gemía tirado bajo una manta, a nadie parecía importarle hasta que Julio se interesó por él y preguntó qué le ocurría. Es un gringo, un viejo loco, se llama Ambrosio, le dispararon ayer un tiro en

el costado, se cayó del caballo y se rompió una pierna, no hemos podido arreglársela bien y ha perdido mucha sangre por la herida, le respondió uno de ellos. El capitán dijo que nos lo trajéramos, yo hubiese dejado que se muriera, es lo que él quiere, morirse, ¿no es verdad Fulgencio? Siempre se lanza a la cabeza de la galopada, el primero, como si no temiera a la muerte, ¿o busca la muerte? Déjalo que se muera, sólo es un gringo loco y viejo, ya vivió lo suficiente, se pasa el día hablando de la muerte y de cosas que no entendemos, por eso digo que debe estar loco. A veces nos cuenta historias de una guerra que tuvieron los gringos hace muchos años y nos entretiene durante las noches, pero yo creo que no son ciertas, yo creo que se las inventa.

Julio y Remigio se acercaron al gringo, lo incorporaron y lo arrastraron hasta ponerlo de espaldas contra una de las paredes, en un rincón, donde estaría mejor, más protegido de la intemperie. La pierna la tenía entablillada entre dos gruesas ramas, pero el hueso le asomaba entre los trapos viejos y sucios con los que se la habían vendado, igual le pasaba en el costado. Mala herida ésta, predijo Doroteo que era el entendido, no creo que dure mucho, traeré un poco de morfina y vendas limpias del carro, por lo menos que no sufra demasiado.

Era un hombre alto, se notaba a pesar de estar tumbado, con mostacho, pelo rizado, ambos completamente blancos. Se dejó hacer mientras Doroteo retiraba los vendajes y aplicaba unos apósitos impregnados de yodo en el costado para cortar la hemorragia. Durante ese tiempo no pronunció palabra pero con la mirada lo decía todo, era puro agradecimiento. Gracias

amigos, logró balbucear al cabo de un rato cuando la pastilla de morfina empezó a hacer efecto, no os conozco, no sois de la brigada, gracias por vuestra ayuda; pero no os preocupéis, ya llegó mi hora y no me importa. Oye tú, tú no eres mexicano ¿verdad?, dijo dirigiéndose a Julio, toma quédate con mi revólver, es un buen revólver y te será de más utilidad que a mí. Le cubrieron con la manta y le dejaron recostado en la pared. Ahora duerma, no hable, mañana veremos qué tal se encuentra, le respondió Julio.



Ambrose Bierce por J. H. E. Partington

A la mañana siguiente el gringo había muerto. Cuando Julio se acercó a donde lo dejaron la noche anterior, ya le habían despojado de las botas y parte de la ropa, y dos de los soldados andaban vaciando la bolsa con sus pertenencias. No tenía nada de valor porque arrojaron su contenido, libros y unos cuadernos de notas, a los rescoldos de una de las hogueras.

Julio logró rescatar un pequeño librito que se apresuró a guardar. Mientras, los soldados presumían, como de un tesoro, con unos lápices y con su navaja de afeitar. Julio lo sentía por el gringo, parecía un buen hombre y no le dio la impresión de que hubiera perdido el juicio, al contrario, se encontraba muy lúcido durante el poco rato que hablaron con él.

Había prisa por partir y marcharon todos juntos para encontrarse con el resto de las fuerzas de Villa, pero aún tuvo tiempo Julio para ojear el libro del gringo. Se lo enseñó a Remigio y a Doroteo, estaba escrito en inglés y el título decía: *Tales of Soldiers and Civilians* by Ambrose Bierce (1891), y entonces recordaron el nombre que les mencionó el otro gringo, el que trajeron desde Presidio. ¿No era un tal Bierce al que quería encontrar?, pues mala suerte, aquí se queda. Y el gringo, viejo y loco, quedó tirado en el suelo para pasto de perros y zopilotes. Si de verdad buscaba la muerte no pudo encontrar peor sitio en este mundo.

Aseguró don Remigio que Julio estuvo durante mucho tiempo obsesionado con el librito. A cada rato preguntaba a Doroteo, que conocía algo de inglés, por haber trabajado durante un tiempo de peón en un rancho de Texas, el significado de esta o aquella palabra. Soldiers debe ser soldados y civilians seguro que civiles, entonces dime, qué significa tales. Tales significa cuentos. ¿Cuentos? Sí, «Cuentos de Soldados y Civiles», ese es el título, seguro que son las historias de la guerra que contaba en las acampadas y que él mismo, Ambrosio Bierce, debió escribir.

Todavía, meses después, recordaba don Remigio, Julio seguía queriendo entender lo que el gringo había dejado escrito mucho tiempo antes de su muerte. Preguntaba a todo el que supiera inglés, y era capaz de recordar el significado de lo escrito asociando cada palabra con su equivalente española sin necesidad de anotarla, y así, con el tiempo, llegó a tener una traducción de lo escrito grabada en su memoria. Y desde entonces fue él el que contaba en las acampadas historias como las del ahorcado del puente del Búho, o el espía filósofo, mientras presumía de su revólver Smith & Wesson modelo Schofield de 1875.

El teniente coronel Seáñez los recibió con felicitaciones; como siempre, habían sabido hacer bien su trabajo. Ya conocían, en el Estado Mayor de Villa, que las bombas y el aeroplano estaban listos para entrar en acción y todos bromeaban de cómo iban a correr los huertistas de Torreón en cuanto lo vieran. Villa estaba encantado con su nuevo juguete y había encargado, a finales de marzo y con el apoyo financiero de Carranza, la compra de tres nuevos aeroplanos Bleriot a la compañía Mooissant de Nueva York. Pero esta vez no fue necesario pasarlos de contrabando, el presidente de Estados Unidos, presionado por su industria armamentista, había levantado el embargo que pesaba sobre México.

VII

Rememoraba don Remigio con tristeza los acontecimientos de los días siguientes, días preñados de malos augurios a pesar del entusiasmo general y de la bonanza que se respiraba entre las gentes de Villa. Éste era gobernador del estado de Chihuahua desde el 8 de diciembre de 1913 y estaba demostrando su radicalismo contra todo lo que olierá a porfirista. Había ordenado la incautación de los bienes de las principales familias de la oligarquía local e implantado un sistema de administración de esos bienes, que encargó al ex-director de *El Correo* de Chihuahua, Silvestre Terrazas, con el fin de garantizar la continuidad de la producción, el mantenimiento del abasto regular de carne y otros alimentos a su ejército y a las ciudades bajo su control. Había prometido la división y fraccionamiento de las tierras incautadas para repartirlas entre los campesinos una vez terminada la guerra, aunque el trasfondo para no hacerlo en aquél momento estaba en el hecho de que si lo hacía, la mayoría de sus tropas le abandonarían o rehusarían combatir lejos de las mismas.

Con los federales que eran capturados se procedía de inmediato al fusilamiento de los oficiales y de la tropa rasa que no se pasara a su bando. Los fusilamientos eran públicos, se realizaban ante los fotógrafos y las cámaras de cine de los periodistas americanos presentes, incluso alguno pidió un

cambio de horario para que la luz le fuera más favorable, y el megalómano de Villa accedió a que se efectuaran a las siete de la mañana en vez de a las seis. Recompensó a sus hombres con la impunidad ante el saqueo, las atrocidades y las violaciones. Emitió moneda propia, que repartía a manos llenas entre los campesinos para evitar el acaparamiento y el desabastecimiento de las ciudades, y pretendía pagar con ella los servicios de los mercenarios, entre ellos a nuestros amigos, que empezaron a dudar de su lealtad para con él. Encargó a su brazo ejecutor e íntimo amigo, Rodolfo Fierro, que le alegrara las mañanas, mientras desayunaba, con la visión de las cabezas cortadas de sus enemigos ajusticiados. Fierro, apodado el Carnicero, porque, en sólo un día, mató a más de cien prisioneros a los que disparaba cuando intentaban cruzar el patio de la prisión hasta la salida, con la promesa de que si la alcanzaban antes de que lograra acertarles con sus pistolas, serían libres. Igualmente mataba a prisioneros indefensos que a sus propias gentes, sin que mediara provocación alguna, nadie estaba seguro a su lado.

La situación se mantenía tranquila, todo se movía alrededor de la preparación de los trenes de transporte de tropas y abastecimientos para el asalto a Torreón. En este clima de relajación fue, según contó don Remigio, cuando Doroteo comenzó a frecuentar la zona del campamento de las soldaderas, y una prieta de carnes duras y pasión desbordada lo enamoriscó. Aquella hermosa hembra, cuando murió su hombre de un tiro en el estómago, tomó sus armas y se alistó en la tropa de mujeres de la capitana Petra Herrera.

Luchaba como un hombre, y montaba a caballo con trenzas y pantalón, como lo hacía Petra Herrera, y era muy diestra y mandona, como lo era Petra Herrera, y esperaba que por su valentía cantaran un corrido con su nombre, como el de Petra Herrera cuando la toma de Torreón en 1911.



Soldaderas

*El día 14 a medianoche
entraron con gran violencia
Petra Herrera en adelante
a la mera presidencia.*

*¡Vivan pues los maderistas!
¡Viva Dios que es lo primero!
¡viva la Guadalupana!
¡y don Francisco I. Madero!*

Eso traía de cabeza, más si cabía, a Doroteo. Se veían a escondidas porque algunos de los oficiales de Villa eran comprensivos con este tipo de situaciones. Pero Villa no lo era, estaba contra las soldaderas y ya había mandado ametrallar a decenas de ellas en un vagón de tren en Santa Rosalía.

Recordaba don Remigio con pesar, que una mañana, Doroteo no se incorporó al grupo. Salieron en su busca y cuando pasado el día aún no había dado señales de vida, preguntaron por todo el campamento sin resultados. Nadie sabía nada de él, nadie lo había visto desde el día anterior, parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. Julio y Remigio se temían lo peor, sin duda algo grave le había pasado. Doroteo era generoso y responsable como para desaparecer sin avisarlos, nunca abandonaría a sus amigos.

Al segundo día de búsqueda, después de intentarlo infructuosamente por los alrededores del campamento, fueron en busca de Rosalía, su amante, pero ante la sorpresa general Rosalía tampoco estaba. Preguntaron y preguntaron y todos opinaban que seguramente se habían escapado juntos, así que seguir buscando ya no es necesario, les aconsejaron. Pero las cosas no eran como parecían, un día después vinieron a buscarles de mañana, cuando casi aún no había amanecido, a voces exclamaban: ¡Vengan, vengan, apareció Doroteo! En las afueras del campamento, junto a las vías del ferrocarril, en un poste del telégrafo, estaban ahorcados Rosalía y Doroteo. Ambos desnudos de cintura para arriba, ella con los pechos cortados y él sin orejas. Se balanceaban y entrechocaban por el fuerte viento que levantaba nubes de polvo dando un aspecto fantasmal a la terrible visión. Colgados del cuello sendos

carteles, y escrita a mano la acusación: «Traidores a la Revolución».

Traidores a qué revolución y por qué, ¿por amarse?, ¿por la envidia de otros? ¿Juzgados y sentenciados por quién?, ¿por qué esa crueldad innecesaria?, las preguntas, la rabia y las lágrimas estaban a flor de piel. Don Remigio sacó su revólver y gritando como un loco, vació el tambor disparando al cielo. Julio intentó calmarlo mientras llegaban unas mujeres lamentándose y llorando. Algunos hombres trajeron una rudimentaria escalera y ayudaron a cortar las cuerdas de donde pendían, las mujeres cubrieron púdicamente a Rosalía y nuestros amigos se llevaron aparte el cadáver de Doroteo. Nadie decía nada, todos sabían el por qué y quiénes habían sido los asesinos, todos temían y se guardaban de meterse en problemas, no había nada que hacer, sólo enterrarlos y rumiar la venganza con calma. Julio no salía de su trance emocional, cada vez estaba más convencido de los horrores de una revolución sin sentido e hizo algo inesperado: renunció a esa especie de comunión que hasta entonces había mantenido con el alma y el pueblo mexicano al adoptar sus costumbres, se deshizo de su ropa de charro, de su mostacho y volvió a vestir y a sentir como un español. Era su forma de renegar de todo lo que el pueblo mexicano representaba de barbarie y desprecio a la vida.

Con el paso de los días se fueron conociendo los hechos, a trozos, magnificados, sin que se sepa si se ajustaban a la realidad o empezaban a ser leyenda. Recordaba don Remigio que muchos se les acercaban y en voz baja le contaban los rumores que corrían por el campamento. Que si alguien

despechado por Rosalía y por venganza había informado de sus relaciones con Doroteo, que si Villa tenía prohibido que se hicieran visitas a la zona de las mujeres, que los habían capturado y durante dos días, Fierro en persona, los estuvo torturando, que Doroteo había asumido toda la culpa implorando para que liberaran a Rosalía, que obligaron a Doroteo a presenciar cómo le cortaban los pechos, que Doroteo intentó escapar y por eso le cortaron las orejas, que Villa en persona dio la orden de ahorcarlos para ahorrar balas, y así hasta que el resentimiento se les clavó hondo en el corazón y decidieron acabar con la vida de Doroteo Arango, alias Pancho Villa.

De los seis hombres que en noviembre de 1910 salieron de Veracruz con la ilusión de participar en una revolución de pobres y campesinos, quedaban dos, y de la revolución poca cosa, sólo la demagogia de los caudillos, y ambos hombres estaban dispuestos a acabar con el más cruel de todos ellos. El plan era muy sencillo, esperarían el momento oportuno, cuando Villa se encontrara sin la protección de sus cincuenta Halcones Dorados que le seguían como perros fieles a todas partes. Luego, en algún sitio donde pudieran confundirse con la multitud y huir con facilidad, se acercarían y le dispararían en el mero corazón un solo tiro, mirándole a los ojos, y entre la confusión podrían escapar sin problemas. No tenían prisa, pero la ocasión que buscaban estaba a punto de presentarse ante ellos.

Abraham González, siendo gobernador de Chihuahua, allá por 1910, se adhirió al manifiesto de Madero y convenció a Pancho Villa, por aquél entonces un simple bandido, para que

se integrara en la misma. Abraham González ejerció como mentor de Villa, hasta que, hacía entonces un año, fue asesinado por tropas federales al mando de Salvador Mercado. Detenido por órdenes superiores era conducido a la Ciudad de México en tren, pero entre las estaciones de Horcasitas y Bachimba, a primeras horas del 7 de marzo de 1913, el tren se detuvo, bajaron a Abraham González y, a escasos metros de la vía, fue balaceado por miembros de la escolta que mandaba el capitán Manuel Rodríguez. Villa sufrió una fuerte conmoción por esta muerte y deseaba, un año después, organizar un funeral y un acto público en honor de su amigo. Había mandado que se rescataran sus restos, enterrados en el mismo lugar de su muerte, y se trajeran a Chihuahua para ser depositados en una tumba digna de don Abraham González. Entre los diversos actos, estaba previsto un panegírico del muerto en el Teatro de los Héroes donde Villa ocuparía un palco de honor.

Pues bien, contó don Remigio que acordaron esconderse en el teatro, permanecer cerca del palco y esperar el momento adecuado para entrar y descerrajar un tiro en la cabeza al asesino de Doroteo. Justo como hizo John Wilkes Booth con Abraham Lincoln, al que mató en el teatro Ford de Washington el 14 de abril de 1865, curiosamente casi 50 años antes.

Con la certeza de que por esta coincidencia todo resultaría bien, estuvieron investigando en el teatro la mejor forma de llevar a cabo su plan. Decidieron que lo mejor era entrar cuando empezaran los actos. A través de un edificio anexo tenían acceso a una ventana sobre el tejado del teatro y, de allí, a un cuartucho lleno de trastos y viejos disfraces en donde

esperarían. Simularían llevar un comunicado urgente de Venustiano Carranza para acceder al palco, y mientras uno de ellos entraba y disparaba a Villa, el otro encañonaría a los posibles guardias que estuvieran vigilando fuera. Si Villa caía, todos los demás presentes en el palco tendrían que ser abatidos, y si había suerte, entre ellos estaría Rodolfo Fierro. Regresarían por donde habían entrado, nadie podría verlos huir y todos les buscarían dentro del teatro. Como verás, se enorgullecía don Remigio, un plan perfecto, sin fallos.

Los restos de Abraham González fueron recuperados de su tumba en pleno desierto, donde las alimañas habían hecho estragos, y los pocos huesos que quedaban juntados en una caja de madera y transportados en un tren especial desde Bachimba a Chihuahua, donde esperaban, formados a pleno sol desde hacía horas, miles de impacientes soldados. La comitiva fúnebre, encabezada por Pancho Villa, recorrió las principales y polvorientas calles de la ciudad mientras las campanas de todas las iglesias tocaban a difuntos. Antes del entierro definitivo en el Panteón de la Regla, se había organizado una velada en el teatro con la comparecencia de todas las fuerzas vivas de Chihuahua y de los mandos militares. Se esperaban interminables discursos loando la figura del ilustre personaje, coros de niños entonando canciones patrióticas e incluso alguna dama de alcurnia cantaría algún aria.

El Teatro estaba lleno a rebosar, nadie se atrevía a desairar a Villa y todo aquél que ocupaba un puesto relevante se había vestido con sus mejores galas y asistía a la velada. Julio y Remigio pusieron en marcha su plan. Subieron al tejado de la casa contigua y accedieron a la buhardilla del teatro según lo

previsto. En silencio esperaron en el cuarto trastero atentos sólo a las voces que les llegaban desde el escenario. El cuarto estaba lleno de viejos disfraces, vestidos de gala de señoras, algún frac, vestiduras talaras y varios uniformes militares, todos ellos procedentes sin duda de representaciones teatrales. A Julio se le ocurrió la idea de usar uno de aquellos uniformes y disfrazarse para tener mejor acceso al palco. Dicho y hecho, al cabo de unas dos horas, tiempo que habían decidido esperar para que se relajara el ambiente que rodeaba al acto, bajaron por la desvencijada escalera hasta el pasillo, luciendo unos hermosos uniformes con el pecho lleno de falsas condecoraciones. Parecían igualitos que los que usaban los muchos asesores del ejército alemán que, durante esos días, pululaban alrededor de Pancho Villa con el ánimo de venderle armamento.

Sólo había dos hombres de guardia ante el palco más próximo al escenario, justo al principio del pasillo. Ahí debe estar Villa, pensaron. El resto de los palcos tenían las puertas cerradas y nadie entraba ni salía. Todos seguían con atención el desarrollo de los actos en honor de Abraham González cuyos restos se encontraban en un túmulo, justo en el centro del escenario, como una muestra más de adulación y acatamiento a los deseos de Pancho Villa.

Nuestros amigos se habían jugado a los dados quién de los dos sería quien entrara, y aunque ganó Julio, Remigio tuvo finalmente ese honor; Doroteo había sido como un hermano para él y tenía más derecho que nadie a liquidar a Villa. Avanzaron desde la oscuridad del fondo del pasillo, las botas y las espuelas resonando con fuerza sobre la madera del suelo, el

brillo de las medallas y el tintineo de los sables, impresionaron a los soldados que guardaban la entrada al palco y que se cuadraron con forzada marcialidad ante ellos. Recordaba don Remigio que estaban tranquilos, que no les importaba lo que pudiera suceder con tal de cumplir con lo que se habían propuesto y que, en el momento de abrir y empujar la puerta con sumo cuidado, no sintió nada especial, sólo el desprecio que le inspiraba Francisco Villa. Éste se encontraba en primera fila del palco con varias personas de pie tras él, el número de ellas no lo recordaba bien don Remigio, seguramente debido a la tensión del momento, sólo lo que pasó a continuación.

Esperó unos segundos, nadie volvió la cabeza para averiguar quién había entrado, en el escenario se interpretaba una escandalosa canción por los niños de alguna escuela municipal y eso había impedido oír el ruido de la puerta. Aguardó, sacó su revólver, lo amartilló y lo escondió tras la espalda esperando encontrar el hueco por donde disparar. Estaba preparado, pero si alguno de los presentes se daba la vuelta y notaba su presencia todo podía acabar mal. Terminaron los gritones niños cantores, la gente aplaudió con fuerza, los que estaban detrás de Villa se aproximaron a la barandilla del palco para ver mejor cómo se despedían los niños, hijos de los prebostes de la ciudad. Por fin encontró un hueco por donde apuntar a la cabeza de Villa que permanecía sentado en su sillón. Remigio adelantó el revólver listo para disparar y, en ese preciso instante, Villa hizo algo inesperado, se levantó bruscamente, por lo que Remigio perdió el ángulo de tiro, y en una fracción de segundo puso el pie sobre la barandilla y saltó al escenario. Remigio, atónito, no tuvo tiempo de reaccionar, todos se abalanzaron hacia delante para ver qué hacía el Jefe y ya no

tuvo posibilidad de disparar. Villa, cansado de más de dos horas de discursos, de cánticos, interpretaciones al piano y de mantener la misma postura rígida en su asiento, había decidido de repente que se acabó el espectáculo.

En medio del escenario tomó en sus brazos la caja que contenía los pocos huesos de Abraham González, y marchó con ella por el pasillo central del patio de butacas hacia la salida del teatro. Todos se levantaron para seguirle, la barahúnda fue terrible, la gente se agolpó queriendo salir y Remigio se quedó solo en el palco, los que estaban dentro lo habían abandonado en pos de Villa. Con el desconcierto generado por su actitud nadie había notado la presencia del vistoso militar que estaba en un rincón.

Julio, continuaba fuera, en el pasillo, sin saber qué era lo que ocurría ni qué hacer. No se habían oído disparos, ni gritos, ¿qué estaba pasando? Salían gentes que vociferaban y daban órdenes a gritos, los dos guardias marcharon corriendo, así que asomó la cabeza con precaución dentro del palco y vio a Remigio sentado en el sillón que hasta hacía unos momentos había ocupado Villa. Estaba fumando un cigarro, tenía el revólver sobre las rodillas y gesto de pesadumbre. Se miraron durante unos instantes sin decir nada, Julio se sentó junto a Remigio y éste sacó de su bolsillo un nuevo cigarro que le ofreció susurrando en voz baja: Dios no lo quiso. Julio lo miró muy seriamente y le dijo: ¡Qué ridículo estás con ese uniforme!, pareces una marioneta. Estallaron en una carcajada y sus risas se oyeron como un eco dentro del teatro vacío. Mientras, Pancho Villa marchaba, entre las filas de soldados que cubrían la calle vitoreándole y disparando al aire, con la

urna de los huesos de Abraham González en sus manos camino del palacio del gobernador.

Unos días después, y una vez que decidieron esperar una nueva oportunidad de vengar a Doroteo, quizás en la persona de Fierro, Villa, siguiendo uno de sus típicos impulsos, puso en marcha de improviso a todo su ejército camino de Torreón. Nadie conocía sus planes de antemano, ni siquiera sus generales, ni sus colaboradores más directos, no quería que los federales lo supieran. Para ello, había mandado cortar los hilos del telégrafo que enlazaba con Estados Unidos en un intento de evitar que la noticia llegara a Huerta desde ese país. Julio y Remigio se presentaron a Seáñez, con el fin de averiguar sus intenciones con respecto a ellos, y se encontraron con que el teniente coronel Seáñez tenía instrucciones de Villa de licenciar a todos los extranjeros que militaban en sus fuerzas, empezando por los gringos y terminando por los gachupines. Ya no sois necesarios, dijo, la guerra y la revolución, a partir de ahora, es cosa de los mexicanos, nosotros la ganaremos, no necesitamos ayuda de nadie, así que pásate mañana por tu paga y puedes marcharte a donde quieras. Remigio se queda conmigo, saldremos de avanzadilla y lo necesito.

Nuestros amigos estaban sorprendidos, se retiraron sin hacer comentarios y discutieron entre ellos qué hacer. Quizás había llegado el momento de la despedida, después de tres años de compartirlo todo, de perder a tantos camaradas, debían tomar caminos diferentes. Pero no, nada de eso, no estaban dispuestos a separarse y se marcharían juntos, volverían a Veracruz, tenían dinero suficiente y si continuaban junto a Villa siempre corrían el riesgo de encontrar una bala perdida.

Decidieron no esperar a la mañana siguiente, renunciaron a su última paga y, esa misma noche, con uno de los carros partieron hacia el norte mientras que el resto del ejército comenzaba a moverse hacia el sur. La venganza por la muerte de Doroteo quedaba aplazada.

Para evitar al máximo el riesgo de un encuentro con tropas federales o constitucionalistas, esta vez el viaje de regreso a Veracruz, siguiendo de nuevo la línea del río Bravo, lo harían por la parte americana. Cruzaron la frontera por Ojinaga y Presidio, ruta de sobra conocida. Hicieron una visita a la tienda del alemán para comprar provisiones y, aunque don Remigio no lo recordaba, estoy seguro de que Julio no dejó de presentar sus cumplidos a la buena de Úrsula. La ruta hasta Brownsville, por donde pensaban cruzar a Matamoros, era larga, pero al menos era segura. Viajaron por el estado de Texas, un estado lleno de pueblos de ascendencia netamente españoles, haciéndolo sin levantar las sospechas de los Rangers que patrullaban la frontera. Para ello se habían desprendido de cualquier cosa que oliera a explosivos y sólo llevaban las provisiones necesarias para el trayecto. El carro estaba tirado por cuatro buenos caballos y el camino transcurría sin reveses y a buena velocidad esquivando, como siempre, las zonas que pudieran resultar más conflictivas.

VIII

Pero la vida no siempre resulta tan fácil. Al intentar cruzar el Pecos, en la zona de su desembocadura en el río Bravo, la crecida era tan grande que tuvieron que desplazarse hacia el norte en busca de un vado por donde el carro pudiera atravesar la corriente. Acampados cierta noche en un pequeño claro junto al río, una fogata les servía para asar un conejo que habían cazado a la vez que para resguardarse del frío. Mientras comentaban su mala suerte y calculaban cuánto les podía retrasar ese contratiempo, no percibieron que se acercaban cuatro hombres a caballo, sigilosamente, en fila india, y con no muy buenas intenciones. Fue el instinto de Remigio el que le dio la voz de alerta, un ligero ruido procedente de los arbustos frente a ellos le puso sobre aviso, hizo una seña a Julio llevándose el dedo a los labios, y alargó la mano hasta el rifle.

Esperaron tensos, alguien los estaba vigilando y debían continuar como si nada sospecharan. Reanudaron la conversación con las armas a punto. Julio sostenía su Smith & Wesson con la mano derecha oculta bajo el sarape, y Remigio mantenía la carabina dispuesta a su lado. El riesgo de que les disparasen desde lejos en la oscuridad era limitado. Sus espaldas estaban protegidas por unas rocas, y el carro, junto con los caballos, les protegía el flanco izquierdo, pero de frente

el peligro era mayor, la luz de la fogata los dejaba indefensos ante los posibles atacantes.

Los dos, después de compartir tanto tiempo junto, se entendían a la perfección sin necesidad de palabras. Escudriñaban al frente sabiendo lo que tenían que hacer, pero el problema era no conocer el número de hombres y dónde se escondían, por eso tenían que esperar a que cometieran un error, a que se delatasen, así serían ellos los primeros en disparar, sin preguntar, eso lo harían después. ¡Ahí estaban! Unas ramas se habían movido, justo a unos veinte metros a la derecha, y un fogonazo iluminó la cara de un individuo que se abalanzó hacia delante aullando y disparando como un loco. Otros dos más avanzaron desde el centro mientras Remigio se deslizaba bajo el carro. Un primer disparo de su Winchester 30-30 destrozó la cabeza de uno de los que atacaban de frente, el segundo disparo abrió un agujero en el pecho de otro que cayó al suelo como un saco.

Julio, cubriendo el lado derecho, respondió a los disparos del loco aullador que se paró en seco con un tiro en una pierna y, arrastrándose, se protegió en un pequeño declive del terreno. Hubo un momento de calma que aprovechó Remigio para salir de debajo del carro y tomar posición para cubrir los movimientos del tipo que estaba agazapado en el suelo. Se movía con rapidez mientras Julio, atento a sus movimientos, le cubría. Por eso, ninguno de los dos notó la presencia de un cuarto atacante que acababa de aparecer en escena. Un certero disparo de revólver tumbó a Remigio, la bala le entró por la espalda. Julio se volvió e intentó disparar, pero su revólver estaba descargado, el cuarto hombre avanzó sobre

Remigio, que se arrastraba por el suelo, con intenciones de rematarle. Julio, sin perder la calma, recargó su Smith & Wesson, y gracias a la rapidez de este revólver para vaciar los cartuchos disparados y cargar los nuevos, consiguió descerrajar un balazo al individuo que ya apuntaba a la cabeza de Remigio. Antes de que cayera al suelo, Julio se volvió hacia donde se encontraba el herido, que intentaba huir, y acabó con él de un nuevo disparo.

Don Remigio se emocionaba al relatar las circunstancias en las que, gracias a la sangre fría de Julio, y a sus cuidados posteriores, salvó la vida. Recordaba don Remigio que perdió el sentido, y que cuando lo recuperó se encontró arropado bajo una manta. La herida no era demasiado grave, gracias a que la bala había perdido parte de su fuerza al atravesar el cuero de las cananas que tenía cruzadas bajo su sarape. Julio se la extrajo de la espalda y con ello lo peor había pasado. En esta tesitura, decidieron esperar a que Remigio se recuperara lo suficiente para continuar el viaje y, al mismo tiempo, si tenían suerte, el nivel del río Pecos quizás descendiera lo suficiente para permitir vadearlo. Por otra parte, el tiroteo de la noche anterior les había reportado un buen beneficio. Julio registró a los atacantes y, entre sus cosas, encontró bastante dinero como para sospechar que pudiera tratarse del producto de algún robo, esto, junto con sus caballos que podrían vender, les compensaría por la espera. Julio, después de despojar los cadáveres de todo lo que pudiera tener algún valor, los arrojó al río.

Casi una semana más tarde, el Pecos estuvo en condiciones de poder ser cruzado y Remigio ya se movía y andaba con

cierta normalidad, así que, ¿por qué esperar?, las provisiones estaban a punto de agotarse. La próxima etapa de su viaje sería Eagles Pass; podrían visitar algún médico que echara una mirada a la herida de Remigio, descansar en una buena cama e incluso cruzar la frontera a Piedras Negras, en el lado mexicano.

Emprendieron el camino, según lo previsto, y el resto del recorrido se desarrolló sin más percances. En Eagle Pass permanecieron algunos días, los suficientes para que un doctor atendiera a Remigio y comprobara que su herida no revestía mayor importancia ni corría riesgo de infección. Se proveyeron de vendajes y provisiones, vendieron los caballos de los asaltantes y se alegraron al comprobar que los Rangers habían empapelado el pueblo con pasquines de búsqueda y captura de los cuatro integrantes de la banda de Bud Spencer, atracador de bancos. Fue una verdadera lástima haberse deshecho de los cadáveres, porque ofrecían 500 dólares por cada uno de ellos.

A través del Paso del Indio fueron a Piedras Negras en busca de noticias. La prensa local hablaba todavía de la impresionante batalla librada en Torreón en la que, durante una semana, las tropas de Villa habían luchado de manera encarnizada hasta arrojar de la ciudad a las tropas de Huerta, y todos vaticinan la derrota de éste a corto plazo. Eso había sido el 2 de abril, pero otra noticia, fechada una semana más tarde, el 9 de abril, les dejó estupefactos. El puerto de Tampico se encontraba en estado de sitio por las tropas constitucionalistas al mando de Luis Caballero en lucha contra las fuerzas huertistas, y la prensa daba cuenta de cómo había ocurrido un

incidente con los marinos del cañonero norteamericano USS Dolphin, anclado cerca de la costa de Tampico. Al parecer, el barco se había acercado a los muelles con la intención de abastecerse de combustible, pero la tripulación fue arrestada por el ejército federal después de incursionar dentro de áreas restringidas. Aunque los marinos fueron devueltos al día siguiente con una disculpa, ésta no había sido aceptada y los americanos querían tomar represalias si no se atendían las pretensiones del almirante Henry T. Mayo, que exigía, como desagravio, que la bandera de los Estados Unidos fuera saludada por las armas mexicanas con una salva de veintiún cañonazos. Por supuesto el general Morelos, que mandaba la defensa de Tampico, se había negado.

Después de conocer estas noticias y con la inquietud de lo que pudiera suceder, decidieron acelerar la marcha. Pasaron de largo por la zona de las minas de carbón que se extienden desde Eagle Pass hasta unos 45 kilómetros al noroeste de Laredo, toda ella repleta de inmigrantes mexicanos que trabajaban en dichas minas o en las fábricas de ladrillos. No querían perder tiempo mezclándose con ellos. En Laredo dejaron el carro y los caballos al cuidado de un establo y pasaron a Nuevo Laredo para obtener noticias recientes. Los acontecimientos estaban en boca de todos y los periódicos lanzan diatribas contra el gobierno de Estados Unidos, el fervor patrio bullía por todas partes. Alejados de la política internacional, nuestros amigos no estaban al corriente de que el nuevo presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, había modificado la estrategia de su país y se había embarcado en una política con ambiciones imperialistas e intervencionistas. Wilson había fijado una serie de condiciones

a Huerta para asegurarle su reconocimiento y, con el fin de lograr un gobierno estable en México que garantizara la seguridad de las inversiones americanas, se había arrogado capacidad de intermediación entre éste y las fuerzas constitucionalistas

Ante el rechazo de las partes contendientes, Wilson aprovechó el incidente de Tampico, y la negativa a las exigencias del almirante Mayo, para ordenar que los cuatro buques de guerra anclados en el puerto de Veracruz procedieran al desembarco de tropas y tomaran la ciudad. Los acontecimientos se precipitaron ante la llegada del vapor alemán Yparinga, que transportaba armas para Huerta y cuya descarga quisieron impedir los americanos. Así que, el día 21 de abril, sin previo aviso ni declaración de guerra, un contingente de más de mil hombres, al mando de Frank F. Fletcher, inició el ataque apoderándose de los principales edificios y de la ciudad, que cayó entera en poder de los americanos al día siguiente 22. Se estimaron unas 500 bajas mexicanas entre muertos y heridos, incluyendo a los héroes de la Escuela Naval Militar, únicos en resistirse a la invasión. El resto de las fuerzas federales habían huido. Todo esto había ocurrido cuatro días antes, y nuestros amigos no salían de su estupor. Remigio quería partir de inmediato para Veracruz y enfrentarse a la invasión, el país entero estaba revuelto y todos los mexicanos, de uno u otro bando, clamaban contra los gringos.

Julio secundó la decisión de Remigio, pero había que contar con Francis Augustas Hamer, oficial especial de los Texas Rangers del condado de Harris. Hombre duro donde los

hubiera, Hamer era conocido por haber limpiado Navasota de bandidos en 1908, y por llevar a cabo la reorganización de los Rangers en Del Río. Hamer había comenzado a patrullar la frontera del sur de Texas, desde Big Bend hasta Brownsville, imponiendo el orden, persiguiendo a los contrabandistas de armas y licores y a cualquier bandido que merodeara por la zona. Hamer tenía fama de no andarse con miramientos y más de uno acababa colgado, sin la menor oportunidad y sin que éste se lo pensara dos veces.

Así que, tal como estaban las cosas, rotas las relaciones diplomáticas con los gringos, con la frontera tomada por los Rangers, lo mejor era continuar el viaje por la parte sur del río Bravo y, teniendo en cuenta la situación de Veracruz, se imponía un cambio de estrategia. La cobertura que les había permitido su disfraz de chamarileros ya no les era efectiva, más bien todo lo contrario. Prepararon su carro y volvieron a cruzar la frontera hasta Matamoros, lugar donde se deshicieron de los caballos y de las cosas inútiles que transportaban, compraron ropa elegante y se transformaron. Julio, en el rico hacendado español, interesado en la adquisición de tierras, don Julio Manrique de Góngora, Caballero de la Orden de Malta, y Remigio, en su ayudante y secretario personal. Portaban un abultado equipaje, como correspondía a su nueva categoría social y alto ringorrango. Embarcaron en un vapor de cabotaje rumbo a Veracruz, donde arribaron a mediados de Junio de 1914 sin que la guarnición americana impidiera en ningún momento desembarcar a tan distinguidos caballeros. En Veracruz, durante unos días, se alojaron en el mejor hotel de la ciudad y, mientras Remigio tomaba contacto con su familia, Julio trató de hacer lo mismo con los miembros dispersos de la

Casa. Pretendían volver a colaborar como activistas anarcosindicalistas lejos de las primeras líneas del frente, pero los acontecimientos se estaban precipitando y nadie quería, de momento, tomar ningún tipo de acción sindical. Huerta había cerrado las sedes de la Casa del Obrero Mundial y desde entonces todos andaban semi clandestinos.

La situación estaba candente. Francisco Villa había tomado Zacatecas el 23 de junio de 1914, defendida por lo mejor de las tropas huertistas al mando del General Luis Medina Barrón, pero incapaces de contener el avance villista. Poco después, el general Álvaro Obregón, al mando del Cuerpo del Ejército del Noroeste, asestó el golpe de gracia al Ejército del general Victoriano Huerta, al vencerlo en las cercanías de Guadalajara, capturando a 5.000 prisioneros, 16 cañones, 18 trenes y 30 locomotoras. Esto provocó la caída del régimen de Huerta, quien fue forzado a renunciar el 3 de julio, ocupando la presidencia interina del país Francisco Carvajal.

Contaba don Remigio que, durante aquellos meses, la vida que llevaron fue una justa compensación a los años de lucha y calamidades. Disponían de dinero suficiente y, cada uno en su papel, convivieron con la alta sociedad veracruzana compartiendo fiestas y saraos. Un honrado y rico hombre de negocios español, que derrochaba dinero a manos llenas y mostraba fervientes deseos de comprar tierras, era una verdadera tentación para aquellos terratenientes deseosos de desprenderse de sus vastas haciendas, temerosos de que la revolución triunfante se las confiscase tarde o temprano. Recibían invitaciones casi a diario para asistir a banquetes, conciertos y actos públicos. Las autoridades locales, incluyendo

los mandos de las fuerzas de ocupación yanquis, se los rifaban, y ellos se dejaban querer alimentando el mito de su actual status mientras disfrutaban de entera libertad de movimientos.

El riesgo de que alguien pudiera reconocerles como quienes en realidad eran, no existía. Las pocas personas que habían conocido a Julio, en su anterior estancia en Veracruz, ya no estaban y, por parte de Remigio, su empaque actual y su clase no tenían nada que ver con el indio que, cubierto con un simple pantalón y una camisola, vagabundeaba por los pueblos de la zona en busca de trabajo. La mujer y la hija de Remigio estaban instaladas en una nueva casa, con todas sus necesidades cubiertas, y recibían asiduamente la visita de éste.

Se encontraban en un compás de espera, ansiosos y deseosos de que de una vez las fuerzas constitucionalistas entraran en la ciudad de México, Carranza asumiera la presidencia de la República y se cumplieran, por fin, las aspiraciones de todos los sin tierra. Mientras, recordaba don Remigio, se adaptaban a la perfección a su nueva vida y saboreaban, aunque sólo fuera en parte, algo de lo que hasta entonces les había estado vedado. Pero el dinero se iba agotando, la situación política se prolongaba y debían hacer algo para reponer fondos.

Por lo que contó don Remigio, podemos decir que fue entonces cuando se desarrolló en Julio su posterior sentido de los negocios y la utilización, en pro de los mismos, de lo que hoy llamaríamos información privilegiada. Las buenas relaciones que mantenía con las fuerzas de ocupación americanas le permitían el acceso a todo tipo de información

confidencial. Por ejemplo; que el presidente Wilson tenía intención de presionar a Carranza y a Villa advirtiéndoles que de su actitud, al efectuarse la transmisión de poderes, dependería el reconocimiento de los Estados Unidos. En primer lugar, les exigió poner especial cuidado en el trato de vidas, propiedades y derechos de los extranjeros, en particular en las obligaciones financieras contraídas por el gobierno destituido, y, en segundo lugar, deberían demostrar magnanimidad con los vencidos y con los sacerdotes.

Conocido esto, Julio se puso en contacto con don Rafael del Campo, un rico terrateniente español que vivía obsesionado con perder sus tierras. Le habló, según había logrado saber, de la posibilidad que el presidente Wilson, ante las seguras expropiaciones que el futuro gobierno tenía previstas en ese Estado, encargara a las tropas estacionadas en Veracruz el hacer firme el cumplimiento de las garantías y derechos de los extranjeros. Naturalmente, se debía contar con la protección del Comandante en Jefe de las fuerzas americanas con suficiente anterioridad a los hechos, dado que no sería posible defender los bienes de todas las personas susceptibles de ser expropiadas.

El miedo de los ricos a perder sus privilegios les convierten en seres ingenuos que, por puro egoísmo, aceptan como buenas este tipo de afirmaciones. En el caso de don Rafael mucho más debido a las presiones de doña Rosa, su histérica esposa, que sentía pavor ante el hecho de quedar arruinados, de que sus tres hijas no pudieran casarse con alguno de esos buenos partidos que las rondaban, y que la familia tuviera que volver a España en la más absoluta indigencia. El plan propuesto a don

Rafael fue el siguiente: Julio utilizaría sus buenas relaciones con el alto mando yanqui, y conseguirá que sus posesiones se consideraran de igual grado que las propiedades del resto de los residentes americanos. Para lograrlo sería necesario que don Rafael proveyera una razonable cantidad de dinero con la que compensar a las autoridades locales.

A pesar de todo, la operación indujo un cierto grado de desconfianza en don Rafael, que no vio con muy buenos ojos el desembolso del dinero que se le pedía. Para contrarrestar esta desconfianza, Julio volcó toda su atención en doña Rosa a la que presentó un panorama desolador. Durante semanas, la pobre doña Rosa estuvo siendo acosada por Julio que la visitaba casi a diario, es más, como tenía que poner toda la carne en el asador, empezó a cortejar a la hija mayor de los señores del Campo, bastante mayor por cierto, y a la que no le auguraban, por su escasa gracia y encanto, posibilidades de una boda inminente.

Fíjese doña Rosa, le decía, no es sólo la situación existente en México sino lo que está pasando en Europa. Desde el asesinato del Archiduque Francisco Fernando de Habsburgo y su querida esposa la Duquesa de Honenberg en Sarajevo, el pasado 28 de junio, por un simple estudiante de 19 años escasos, las cosas van de mal en peor. ¿A dónde vamos a llegar doña Rosa? Imagínese lo que puede ocurrir en esta misma ciudad, Dios no lo quiera doña Rosa, pero ya sabe que me preocupa su seguridad y sobre toda la de su bella hija Rosita. Mire, mire, doña Rosa, lo que resume la prensa de hoy. Este mes de agosto ha sido nefasto, vea: el día 1 Alemania declaró la guerra a Rusia y el 3 a Francia, el día 4 Inglaterra a Alemania, el 6 Austria a

Rusia, el 23 Japón a Alemania y el 30 Rusia a Turquía. ¿Puede estar peor el mundo?, ¿a dónde vamos a llegar doña Rosa? Y usted que lo diga don Julio, respondía ella, la gente honrada y cristiana ya no puede vivir tranquila y mi marido sigue en la inopia, no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor, los años don Julio, los años...

Fue doña Rosa, por tanto, la encargada de convencer a su marido. Don Julio es un buen amigo de la familia, le decía, se está portando como un caballero al avisarnos y arriesgarse para salvar nuestras tierras, además, parece que se interesa por la niña a la que ya ha invitado a pasear en varias ocasiones. ¿Cómo va don Julio a aceptar un compromiso con Rosita si no podemos aportar una buena dote?, ¿es que quieres vernos hundidas en la miseria por unos pocos miles de pesos? La misma doña Rosa comentaba a Julio los argumentos que exponía a su marido, a la vez que le pedía consejo angustiosamente.

Sin embargo, no iban a hacer falta tales consejos, porque la realidad de los sucesos se impuso. El presidente Wilson, y su Secretario de Estado Byran, emplazaron oficialmente a Carranza a cumplir las condiciones adelantadas por Julio. Pero éste devolvió la nota expresando su resentimiento por los sucesos de Veracruz, y exigiendo la salida inmediata de las tropas de ocupación. Si a esto añadimos que tanto Zapata como Villa, cuyas tropas controlaban el sur y norte del país respectivamente, rechazaron el liderazgo de Carranza y amagaban con lanzarse sobre la capital, nos encontramos con una situación capaz de amedrentar aún más a don Rafael. Situación que Julio se encargó de magnificar haciéndole ver,

como inminente, el triunfo de las tesis de los revolucionarios y el reparto de tierras. Carranza no podrá resistir en el centro del país, presionado como está desde el norte y el sur, don Rafael, no tenemos más remedio que garantizarnos la protección de los gringos, le aseguraba.



El cadáver de Villa

Estos argumentos, junto con las lloreras de doña Rosa, hacían temblar a don Rafael y, finalmente, le convencieron de la conveniencia de aceptar la propuesta. El día que don Rafael pagó en monedas de oro y plata la cantidad pedida, recuerda don Remigio que lo celebraron a lo grande. Después de meses de intensa labor, el negocio daba sus resultados y pudieron sentirse seguros de que su nuevo patrimonio les permitiría encarar el futuro con absoluta tranquilidad. Don Rafael también aceptó como bueno el consejo de que, ante un posible ataque de Zapata sobre Veracruz, lo mejor sería salir de la ciudad por algún tiempo y, cómo no, viajar para mayor seguridad a Estados Unidos.

Libres por un tiempo, nuestros amigos intentaron, una vez más, restablecer las relaciones entre los diversos miembros de la COM y preparase para enfrentar fortalecidos la situación que se avecinaba. Nada más lejos de sus anarcos sueños. A pesar de la caída del general Huerta, los revolucionarios no fueron capaces de conciliar unos intereses comunes. El 6 de octubre de 1914 culminó sus sesiones la Convención Revolucionaria de Aguascalientes, provocando la ruptura de los principales caudillos y el reinicio de las hostilidades entre ellos. Los miembros de la Casa se encontraban en un dilema: ¿a favor de quién estar? Los anarcosindicalistas tampoco presentaban un bloque sólido.



El cadáver de Zapata

Cuando las fuerzas de Villa y Zapata forzaron a Carranza, y a los Constitucionalistas, a huir de Ciudad de México, los miembros de la Casa se dividieron en tres facciones. La mayoría de los miembros se fueron con los Constitucionalistas y, en menor grado, muchos se unieron a los villistas. Sólo un puñado

de ellos apoyó a los zapatistas, tal como ocurrió con Antonio Díaz Soto y Luis Méndez.

Desde ese momento, Julio perdió el interés en todo, en la política, en los negocios y en la vida social. Durante unas semanas se aisló en el hotel donde residían y comenzó a correr la voz de que, debido a la situación en Europa, iba a realizar un viaje a España para seguir de cerca los acontecimientos y asegurarse que no afectaban a su extenso patrimonio. Decía don Remigio que Julio se estaba preparando una coartada para abandonar el país y que, por lo que a él concernía, intentó por todos los medios convencerle de que no lo hiciera, de que aún no estaba todo perdido y que podían reorganizar de nuevo una poderosa Casa del Obrero Mundial, capaz de imponer sus condiciones al gobierno que resultase vencedor en la contienda. Fue inútil, desde que Carranza estableció su gobierno en Veracruz el 26 de noviembre de 1914, ya no pudo continuar y una mañana, sin despedirse de nadie, Julio desapareció del hotel y de Veracruz. Dejó una nota manuscrita, acompañada del revólver Smith & Wesson, que don Remigio aún conservaba y que decía:

Europa está en guerra, España lo estará y yo estoy harto de pelear por nada. La revolución mexicana, finalmente se ha convertido en la lucha personal por el poder de dos hombres, Pancho Villa y el General Venustiano Carranza, y a estas alturas ninguno de los dos tiene más interés que el personal. Los ideales, los principios de la revolución, se han perdido para dar paso a esta desenfrenada lucha por el poder entre dos crueles y sanguinarios bandos. Me marchó, siento mucho no despedirme.

Don Remigio dijo que aquella nota le afectó mucho, que nunca hubiera esperado que su amigo el dinamitero no le dijera adiós con un fuerte abrazo, y que cuatro años de convivencia no se terminaban así. Don Remigio creía que Julio embarcó aquella misma mañana rumbo a la Habana, ya que comprobó que un vapor había zarpado a primera hora, y que durante algún tiempo intentó averiguar su paradero sin éxito.

Don Remigio terminó su relato diciendo a manera de despedida: Verás joven, hay algo más que quiero contarte, nunca se lo dije a tu abuelo porque él lo hubiera entendido. Siempre lo he tenido clavado aquí, en el corazón. ¿Recuerdas aquél gringo viejo y loco que encontramos una noche mientras se moría, el tal Bierce?, pues bien, no se murió solo, lo remataron antes del amanecer para no tener que cargarlo, y porque a alguno de los pelaos que aquella noche estuvo de guardia le gustaron sus botas, al fin y al cabo sólo era un gringo que se estaba muriendo.

EPÍLOGO

Los mitos de la Revolución Mexicana no sobrevivieron a la misma. Las dos grandes figuras que aún permanecen en el imaginario popular, Villa y Zapata, cayeron asesinadas después de una lucha estéril de sufrimiento y muerte. Símbolos de la resistencia campesina contra la tiranía, sus vidas sirvieron de desenlace final a una Revolución innoble, donde el grito de ¡Tierra y Libertad! dejó de sonar y la cuestión agraria quedó sin resolver.

Emiliano Zapata, el 10 de abril de 1919, cayó víctima de una emboscada que le prepararon las tropas del coronel carrancista de caballería Jesús Guajardo. Éste le había invitado a comer en la hacienda de Chinameca (Morelos) para discutir las condiciones de su amotinamiento contra Carranza y su incorporación a las filas zapatistas junto con seiscientos hombres. Sin embargo, cuando Zapata llegó a la hacienda, escoltado por diez hombres, encontró a las tropas de Guajardo formadas para rendirle honores presentando armas, lo que le inspiró confianza. Pero, tras los toques de corneta reglamentarios, los soldados abrieron fuego sobre ellos sin darles la menor oportunidad de defenderse. Carranza ascendió a Guajardo a general y repartió 50.000 pesos entre los soldados que participaron en la ejecución.

Pancho Villa sufrió una muerte similar. El 26 de junio de 1920, tras firmar el pacto de Sabinas, se rindió, depuso las armas y se retiró a la Hacienda de Canutillo, en Morelos. Durante la presidencia de Álvaro Obregón, y ante la posibilidad de que volviera a retomar las armas, se acordó su muerte. Así, la tarde del 20 de julio de 1923, le tendieron una emboscada, cuando iba en su automóvil Dodge a una fiesta familiar en Parral (Chihuahua), y lo acribillaron a balazos. Años más tarde un individuo llamado Handal profanó su tumba, le cortó la cabeza por encargo del magnate de la prensa norteamericana Hearst, y recibió por su trofeo una recompensa de 5.000 dólares.

CONCLUSIÓN

El abuelo Julio Manrique, regresó a Buenos Aires al parecer en 1916, mi amigo Julio no tenía muy clara esta parte de la historia. A partir de ese momento, y hasta donde me contó éste, con el dinero obtenido como «administrador» de la parroquia, sus ganancias como mercenario y la estafa a don Rafael, apareció en algún lugar de la pampa argentina. Comenzó a adquirir pequeñas tiendas de abastos que le permitieron, a su vez, reinvertir los beneficios en tierras. No sé cómo llegó a Lobos, pero allí conoció a Mario Tomás Perón, pequeño productor agrícola y ganadero casado con Juana Sosa, de origen castellano, con quien estableció excelentes relaciones de negocios y familiares debido a su paisanaje con Juana. También intimó con el hijo de ambos, Juan Domingo Perón, que acababa de licenciarse en el Colegio Militar de la Nación con el grado de subteniente de infantería.

De aquellos años, Julio sólo conocía los detalles de su vida a grandes rasgos. Se sabe que su amistad con la familia Perón corrió paralela a la carrera militar y política de Juan Domingo, que en 1930 ya era miembro del Estado Mayor del Ejército. Su fortuna, empujada por una increíble suerte en los negocios, no cesaba de aumentar, y las relaciones que mantenía con Perón le permitieron iniciar su actividad como proveedor del ejército.

A finales de 1935, decidió que era el momento apropiado para que su mujer y sus hijos supieran de su existencia y, seis meses después, arribaba a Buenos Aires Manuel, su hijo menor. A pesar del tiempo transcurrido desde que abandonó España, el reencuentro entre padre e hijo se desarrolló sin muchas dificultades. El padre de mi amigo Julio se adaptó enseguida al medio y desde el momento de su llegada se hizo cargo de los negocios, consiguiendo imponer un cierto orden al caos con que el abuelo manejaba los asuntos económicos.

La última parte de la década de los treinta y principio de los cuarenta fueron unos años difíciles para Argentina. Como es sabido, la crisis económica de 1929 provocó una serie de golpes de estado comenzando, en 1930, con un movimiento militar conservador encabezado por el general Uriburu, y terminando, en 1946, con el general Farrell. Durante todos esos años, la corrupción política, el fraude electoral y el conservadurismo a ultranza, fueron el caldo de cultivo para que Perón, apoyado por las masas populares, obtuviera el poder.

Fueron años revolucionarios, de fuerte crisis económica, y muchos se vieron obligados a actuar bordeando la ley para sobrevivir. Pero el abuelo Julio, secundado por su hijo Manuel, consiguió mantener unas excelentes relaciones con los sucesivos gobiernos militares. La incipiente y fuerte organización que habían logrado establecer, era capaz de manipular el voto emigrante español a favor de sus candidatos. Votaban lo que les sugerían y, a cambio, les garantizaban sus puestos de trabajo, la solvencia de sus negocios, protección y cualquier tipo de ayuda que necesitasen.

Y hasta aquí la historia de Julio Manrique, el anarquista que ayudó a la Revolución Mexicana volando trenes. Las agitadas e increíbles vidas de su hijo Manuel y de su nieto Julio, es posible que las cuente algún día. Por ahora, muerto Julio, tras más de treinta años de entrañable amistad, y lamentando que no haya podido tener entre sus manos el libro que con tanta ilusión me encargó, pongo fin a este relato. Descanse en Paz.

APÉNDICE

Me he permitido incluir aquí dos artículos escritos por Práxedes Guerrero en la revista *Regeneración* (1910). Creo que al lector interesado en conocer algunos de los ideales que alentaron el intento de revolución anarquista en México, encontrará en ellos una exposición clara de sus objetivos.

El medio y el fin

Tiranos y criminales vulgares están igualmente sujetos a la ley natural del determinismo, y aunque sus actos nos horroricen e indignen, hemos de convenir con la justicia en la irresponsabilidad de unos y otros; pero sin llegar a las consideraciones absolutas, podrá decirse que la tiranía es el más disculpable de los crímenes, porque ningún individuo puede cometerlo si no concurren a ello circunstancias muy complejas, extrañas a su voluntad y fuera del poder del hombre más apto y mejor dotado de cualidades para el mal. En efecto, ¿existiría un tirano sobre un pueblo que no le diera elementos para sostenerse? Un malhechor común puede cometer sus fechorías sin la complicidad de sus víctimas; un

déspota no vive ni tiraniza sin la cooperación de las suyas, de una parte numerosa de ellas; la tiranía es el crimen de las colectividades inconscientes contra ellas mismas y debe atacársele como enfermedad social por medio de la Revolución, considerando la muerte de los tiranos como un incidente inevitable en la lucha, un incidente nada más, no un acto de justicia.

Las dos pesas y las dos medidas carecen de uso en el criterio libertario; la ciencia, negando el libre arbitrio en los individuos destruye la base de las actuales y bárbaras instituciones penales, los revolucionarios no establecemos criterios diferentes para los actos del malhechor en grande y el malhechor en pequeño; ni hemos de buscar subterfugios para barnizar las violencias que inevitable y necesariamente tienen que acompañar al movimiento libertador, las deploramos y nos repugnan, pero en la disyuntiva de seguir indefinidamente esclavizados y apelar al ejercicio de la fuerza, elegimos los pasajeros horrores de la lucha armada, sin odio para el tirano irresponsable, cuya cabeza no rodará al suelo porque lo pida la justicia, sino porque las consecuencias del largo despotismo sufrido por el pueblo y las necesidades del momento, lo impondrán en la hora en que rotos los valladares del pasivismo den franca salida a los deseos de libertad, exasperados por el encierro que han padecido, por las dificultades que siempre han tenido para manifestarse.

Vamos a la lucha violenta sin hacer de ella el ideal nuestro, sin soñar en la ejecución de los tiranos como en una suprema victoria de la justicia.

Nuestra violencia no es justicia, es simplemente necesidad que se llena a expensas del sentimiento y del idealismo, insuficientes para afirmar en la vida de los pueblos una conquista del progreso.

Nuestra violencia no tendría objeto sin la violencia del despotismo, ni se explicaría si la mayoría de las víctimas del tirano no fueran cómplices conscientes o inconscientes de la injusta situación presente; si la potencia evolutiva de las aspiraciones humanas hallase libre ambiente para extenderse en el medio social, producir la violencia y practicarla sería un contrasentido; ahora es el medio práctico para romper añejos moldes que la evolución del pasivismo tardaría siglos en roer.

El fin de las revoluciones, como lo hemos dicho muchas veces, es garantizar para todos el derecho a vivir, destruyendo las causas de la miseria, de la ignorancia y el despotismo; desdeñando la grito de sensiblería de los humanitaristas teóricos.

El objeto de la revolución

¿Por qué, si quieres la libertad, no matas al tirano y evitas de ese modo los horrores de una gran contienda fratricida? ¿Por qué no asesinas al déspota que oprime al pueblo y ha puesto precio a tu cabeza?, me han preguntado varias veces. Porque no soy enemigo del tirano, he contestado; porque si matara al hombre, dejaría en pie la tiranía, y a ésta es a la que yo combato; porque si me lanzara ciegamente a él, haría lo que el

perro cuando muerde la piedra inconsciente que le ha herido, sin adivinar ni comprender el impulso de donde viene.

La tiranía es la resultante lógica de una enfermedad social, cuyo remedio actual es la Revolución, ya que la resistencia pacífica de la doctrina tolstoiana sólo produciría en estos tiempos el aniquilamiento de los pocos que entendieran su sencillez y la practicasen.

Leyes inviolables de la naturaleza rigen las cosas y los seres; la causa es creadora del efecto; el medio determina de una manera absoluta la aparición y las cualidades del producto; donde hay materias putrefactas sobreviene el gusano; dondequiera que asoma y se desarrolla un organismo, es que ha habido y hay elementos para su formación y nutrimento. Las tiranías, los despotismos más sanguinarios y feroces, no quebrantan esa ley, que no tiene escotillones. Existen, luego a su derredor prevalece un estado especial de medio ambiente, del cual ellos son el resultado. Si ofenden, si dañan, si estorban, ha de buscarse su anulación en la transformación de ese mórbido medio ambiente, y no en el simple asesinato del tirano. Para destruir la tiranía es ineficaz la muerte aislada de un hombre, por más que él sea zar, sultán, dictador o presidente, que equivale a procurar la desecación de un pantano matando de cuando en cuando las sabandijas que en él nacen.

Si fuera de otra manera, nada más práctico y sencillo que ir hacia el individuo y despedazarlo. La ciencia moderna pone en nuestras manos instrumentos poderosos de una eficacia segura y terrible, los que manejados una vez y haciendo un número

insignificante de víctimas, realizarían la libertad de los pueblos, y la Revolución no tendría excusa ni objeto.

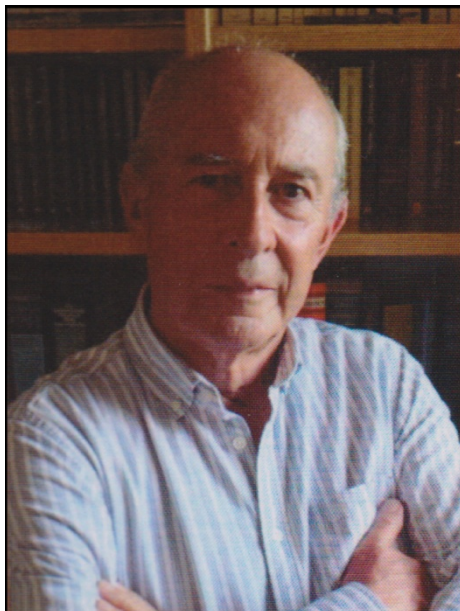
Para una mayoría de gentes, revolución y guerra tienen igual significado: error que a la luz de extraviados criterios, hace aparecer como barbarie el supremo recurso de los oprimidos. La guerra tiene las invariables características del odio y las ambiciones nacionales o personales; de ella sale un beneficio relativo para un individuo o grupo, pagado con la sangre y el sacrificio de las masas. La revolución es el sacudimiento brusco de la tendencia humana hacia el mejoramiento, cuando una parte más o menos numerosa de la humanidad es sometida por la violencia a un estado incompatible con sus necesidades y aspiraciones. Contra un hombre se harán guerras, pero nunca revoluciones; aquéllas destruyen, perpetuando las injusticias; éstas mezclan, agitan, confunden, trastornan y funden en el fuego purificador de ideas nuevas, los elementos viejos envenenados de prejuicios y carcomidos de polilla, para sacar del ardiente crisol de la catástrofe un medio más benigno para el desarrollo y la expansión de los seres.

La revolución es el torrente que desborda sobre la aridez de las campiñas muertas, para extender sobre ellas el limo de la vida que transforma los eriales de la paz forzada, donde sólo habitan reptiles, en campos fértiles, acondicionados para la espléndida floración de las especies superiores.

Los tiranos no surgen de las naciones por un fenómeno de autogeneración. La ley universal del determinismo los sube a las espaldas de los pueblos. La misma ley, manifestada en el poderoso transformismo revolucionario, los hará caer para

siempre, asfixiados como el pez que fuera privado de su morada líquida.

La Revolución es un hecho plenamente consciente, no el espasmo de una bestialidad primitiva. No hay inconsecuencia entre la idea que guía y la acción que se impone.



ANDRÉS VÁZQUEZ MARISCAL

Nació en Chiclana de la Frontera en 1941. Es Presidente del Centro de Estudios Históricos Juan de Herrera. Durante los últimos 15 años, compaginando con su actividad profesional, ha dedicado su tiempo a la investigación histórica especializándose en el siglo XVI español. Ha escrito numerosos artículos en revistas sobre el particular, e impartido conferencias en diferentes lugares de España. En esta obra aborda las aventuras de un anarquista español en su lucha a favor de la Revolución Mexicana (1910-1915). Aunque Julio Manrique es un nombre ficticio, creado para preservar la intimidad de la familia, el autor se ha basado en conversaciones y apuntes de hechos reales que le fueron facilitadas por su nieto. Otras obras suyas son *El libro secreto de Carlomagno*, *El monje y la prostituta de Constantinopla*, *La familia* y *El rey hechizado*